

REVISTA EUROPEA.

Núm. 159

11 DE MARZO DE 1877.

AÑO IV.

LOS GERMANOS EN LAS ISLAS CANARIAS. (1)

I.

Los que visitan por primera vez las islas Canarias se convencen al poco tiempo de que aquella población se compone de dos razas distintas, por mas que todos sus habitantes hablen una misma lengua. Los de raza pura española residen, por lo general, en las poblaciones de importancia y en las grandes haciendas. La gente campesina y la que forma la clase infima del pueblo tienen otra fisonomía, otra conformación física y hasta costumbres y maneras diferentes de los oriundos de raza española. Mr. Berthelot, autor de una extensa obra sobre el archipiélago canario, en el que residió por espacio de diez años, llegó á familiarizarse de tal modo con aquellas fisonomías, que pudo reconocerlas más tarde entre los infinitos pueblos que emigran á diversos puntos de América. El observador alemán, que desde la costa de Tenerife penetra en el interior del país y en las aldeas, encuentra allí rostros sajones tan puros como pudiera hallarlos en las frondosas colinas de Westfalia, y su vista despierta en él un sentimiento de afinidad igual al que producen en todo corazón germano los Borgoñones hablando francés, los Pensilvanos hablando inglés, y los Zipsers en Hungría hablando la lengua magiar.

Esta población especial de las Canarias procede de los primitivos pobladores de aquellas islas. Cuando, en el siglo XV, franceses, españoles y portugueses bordeaban sus aguas con intención de apoderarse de las *Islas Afortunadas*, como de la joya más preciosa del Océano Atlántico, hallábanse habitadas por una raza numerosa de color claro y pelo rubio, que se llamaba *Wandschen*, que así debe escribirse el nombre que los españoles pronuncian *Guanche*, convirtiendo la *W* alemana en *Gu* y la *dsch* en *ch*. Era este pueblo fuerte y valeroso, ágil como ninguno, de hermosa y robusta complexión, lleno de inteligencia y de vida, siendo la rectitud y la lealtad como ingénitas en él. Había en su manera de ser algo de noble y de distinguido, de tal suerte, que los varones normandos y los españoles y españoles que habrían repugnado enlazarse con moros ó

con árabes, no tenían reparo en contraer matrimonio con hombres y mujeres Guanches. De estos enlaces con españoles y otros europeos que pasaban á las islas resultó la población rural, en la que se conservaron las cualidades de generosidad y franqueza del Guanche, y que más tarde se transmitieron á los que procedían de la raza primitiva, nacida de sangre andaluza, suavizándose así ventajosamente la aspereza de carácter que era propia de esta última.

Dos cualidades fueron fatales para los antiguos Canarios. Eran aquellas gentes la franqueza y la bondad misma, y engañados cien veces, volvían otras tantas á confiar en los que habían abusado de su buena fe. El otro defecto consistía en la resistencia interior que oponían á concertarse y obrar de acuerdo para hacer la guerra bajo un plan y un jefe comunes. Esta obstinación era invencible, así en la raza como en el individuo. Resistieron, sin embargo, con sus sencillas armas, numerosos ataques, por espacio de un siglo, triunfando el valor natural y la astucia, de las ventajas que les llevaban sus enemigos, en caballería, en cañones y en la táctica propia de las fuerzas disciplinadas.

En la mitad del siglo XIV, después de haber rechazado victoriosamente los ataques parciales de los europeos, desembarcaron en las islas de Lanzarote y Fuerteventura 1.400 españoles y franceses, los cuales, después de una lucha sangrienta, consiguieron someterlas, juntamente con la isla del Hierro, pero sólo podían mantenerse en ellas despoblado sistemáticamente hasta las últimas aldeas. En los cinco años siguientes no se atrevieron á pensar siquiera en apoderarse de las tres islas principales del archipiélago, en donde residía la mayor fuerza de la población, dispuesta siempre á rechazar cualquiera invasión. Por fin, la isla de la Gomera, que como una roca compacta se levanta al lado de Tenerife, de la que apenas dista dos horas, cayó en poder de los españoles. En vano emplean estos últimos durante uno y otro año la astucia y el rigor para sujetar las demás islas, y todavía menos que los españoles, consiguen alcanzarlo los portugueses. De 1470 á 1483 arde la guerra en la Gran Canaria, hasta que después de una resistencia heroica queda vencido el pueblo. Tomadas Las Palmas en 1491, reuniéronse las fuerzas esparcidas por las islas, y se dispuso el ataque contra la de Tenerife, verificándose el desembarco en Abril de 1493. Sin embargo, nada pudo doblegar la resistencia de sus bravos de-

(1) Este estudio forma parte del *Diario de un Viaje á las islas Canarias*, escrito por Mr. Franz von Loehér, publicado en la *Gaceta Universal de Augsburgo*.

ensores, y desesperados al fin los españoles, abandonan de nuevo la isla; pero vienen en su auxilio el hambre y la peste, consecuencias fatales de las privaciones sufridas y de los esfuerzos sobrehumanos realizados por los naturales en defensa de su territorio; y en Setiembre de 1496 se someten los últimos príncipes independientes que quedaban en el archipiélago Canario.

En el principio, en su curso, en su terminación y hasta en los incidentes se asemeja mucho esta conquista contra los Guanches, á las guerras de Sajonia en tiempo de Carlo-Magno. Había quedado reducida la lucha á una sola Isla, y aún allí tenían que hárselas los españoles únicamente con la parte del pueblo que habitaba en las cercanías. Cuando avanzaba el invasor, solía levantarse algún caudillo afamado cuyos vehementes discursos y cuya actividad conseguían reunir gruesas partidas que batían en diferentes puntos á los conquistadores, los cuales, una vez calmado el levantamiento del pueblo, volvían á salir de sus fortificaciones en la costa y se vengaban cruelmente. Estalló por fin la desunión y el espíritu de indisciplina entre los Guanches, y cediendo la mayor parte á las seductoras promesas de los españoles, que ofrecían considerarlos enteramente iguales en condición y en derechos, y sólo como súbditos de un soberano común, á vencedores y vencidos, concertaron arreglos con los jefes más ambiciosos y enlaces con las hijas del país, de cuya hermosura y afabilidad de carácter estaban prendados los europeos. La falta de lealtad en el cumplimiento de lo convenido provocó, en algún caso, insurrecciones parciales por parte de las personas de importancia, pero fueron sofocadas muy pronto. Vencidos definitivamente los Guanches en todas las Islas, y precisamente por sus mismos compatriotas, puesto que algunos jefes y tribus aisladas hacían causa común con el invasor extranjero y aún le requerían para que los salvase de la ruina general y utilizase, á fin de decidir la contienda, su lealtad, su fuerza y el conocimiento que tenían del país que ponían á su servicio. Nada había que esperar; todo estaba perdido, y los más prudentes huyeron á montañas inaccesibles ó á bosques impenetrables en donde llevaban la vida del próscrito hasta que, hostigados y perseguidos como fieras, perecieron por las armas, por la miseria ó por el hambre.

II.

¿Pero de dónde vino este gallardo y valeroso pueblo á las Islas Canarias? ¿De qué razas y de qué tierras procedían? Esta cuestión es un enigma histórico al que se ha intentado dar soluciones diversas. Quién ha hablado de Iberos de los tiempos fabulosos; quién del heroico Quinto Sertorio, que con 60 compañeros escogidos fué el primero que pisó

aquel suelo; quién de Númidas abandonados en la mar por los Romanos despues de haberles cortado la lengua. Como era de esperar, los primeros Religiosos que llegaron á las Islas creyeron ver en aquellos indigenas los descendientes de las diez tribus de Israel, mientras otros pensaban que procedían de los fugitivos habitantes de Canaan que fueron expulsados de la Tierra de promision por los Judíos, suponiendo otros que eran Fenicios ó Gálatas del Asia Menor. Enfrente de tan diversas opiniones se hizo lugar la idea de que, estando las Islas tan próximas á Berbería, debieron ser pobladas por tribus berberiscas, y de este parecer participó también Espinosa, que fué el primero entre los Canarios que escribió acerca de las costumbres y del establecimiento de los Guanches. Su digno sucesor en esta historia, Abreu y Galindo, atribuía á los Canarios una procedencia árabe, mientras que Viera, el investigador más infatigable y erudito en esta materia, asegura solemnemente que: *Los antiguos Canarios, pueblo primitivo, de costumbres sencillas, como los héroes y patriarcas, descienden del pueblo de los Atlántides, y que estos eran una colonia de los Egipcios, de los descendientes de Neptuno.* Champollion y su escuela declararon también, como cosa fuera de duda, que los Guanches eran Egipcios. El célebre Humboldt decía burlándose á este propósito: «Los sabios, que ven Egipcios en donde quiera que hay momias, geroglíficos y pirámides, son tal vez de parecer que la raza de Tifon y los Guanches están ligados entre sí por medio de los Berberiscos, que son Atlántides legítimos á los que pertenecen los Tibbos y los Tuareks del desierto; pero basta observar que semejante teoría no está apoyada por la menor analogía entre la lengua berberisca y el Kopto, que con razón se consideró como uno de los restos del antiguo Egipto.»

El escocés Glas, que fué el primero que se ocupó en examinar el idioma de los Guanches, declara que estos hablaban peruano en Tenerife y berberisco en las otras islas; y el erudito alemán Vater había encontrado ya que en la lengua guanche existía semejanza con los dialectos de los Hurones, Peruanos y negros Mandingas.

El gran geógrafo Ritter considera berberiscos á los Guanches, y el cónsul francés Berthelot, que es entre los modernos el que más ha escrito sobre las Islas Canarias y sus pobladores, demuestra despues de largas explicaciones que en aquellas islas había existido indudablemente como lengua indígena el berberisco, y especialmente el dialecto *Shillah*. Desde entónces, y tal vez por haber sido Ritter el que atribuyó á los Guanches semejante origen, ha pasado esta opinion á ser la de todas las obras de Geografía y de Etnología contemporáneas; y hoy nada parece más natural que suponer que las Cana-

rias han tenido los mismos pobladores que el continente inmediato. Nosotros, sin embargo, no podemos participar de esta creencia, y cuanto más examinamos la historia y las vicisitudes de ese pueblo singular y lo que hemos llegado á conocer de sus condiciones domésticas, religiosas y civiles, tanto más nos confirmamos en el convencimiento de que ha existido una relacion íntima entre los Guanches y los Germanos.

Pero ¿cómo llegaron estos últimos á las Islas Canarias? ¿Naufragaría tal vez en aquellas costas alguna expedicion de aventureros? Pero siendo así, ¿cómo es que no construyeron embarcaciones nuevas ó no dieron nunca noticia de su suerte á su país natal? Pudiera pensarse tambien que hubiesen ido allí algunos Vándalos desde Africa, ó algunos Visigodos desde España, y ciertamente que no hay bajo el punto de vista de la Geografía razones que se opongan á esta conjetura. Los Visigodos tenían el camino abierto, pues se concibe fácilmente que parte de ellos, una vez apoderados los Arabes de España, saliesen á la mar en busca de una nueva tierra en donde establecerse. Los Visigodos eran además gente marinera y tuvieron una escuadra que había dado harto que hacer á los Arabes; pero seguramente que en su fuga no hicieron rumbo al Oeste en direccion de un vasto mar inexplorado, porque allí debia encontrarse ese *Mar de las Tinieblas*, el cual, segun la conocida descripcion de Séneca, tenía principio en donde cesaba la naturaleza terrestre, extendiéndose á lo léjos, como un pantano contenido y sombrío, cubierto de perpétuas nubes, al través de las cuales apenas penetraban en quebrados rayos el resplandor del sol ó la luz de las estrellas. Los navegantes preferirian seguir al abrigo de la costa de Africa, cuya parte más al Norte era, sin duda, conocida de los Visigodos, y con vientos algun tanto propicios podian en una semana, ó acaso en ménos tiempo, bajar hasta descubrir las Canarias. Pero la costa por la parte del continente no es del todo seductora, pues aun con mar tranquilo son allí terribles las rompientes, y en tal alternativa, las Islas Canarias, que están resguardadas de las olas del Océano, debian parecerles á los fugitivos el refugio apetecido.

Mayores dificultades habrían tenido los Vándalos. Cuando esta tribu germana desembarcó en el estrecho de Gibraltar y atravesó el Norte de Africa hasta establecer en Cartago el punto céntrico de su imperio, les era perfectamente conocido el Noroeste de Africa, que en gran parte sometieron á su poder. Una vez vencidos por Belisario, huyeron los Vándalos á las montañas, y como hallasen tan inhospitalarias las alturas del Atlas, se vinieron por un lado entre las montañas y el mar, y por el otro entre la cadena del Atlas y el desierto. La montaña se eleva

de 7.000 á 9.000 piés sobre un terreno excesivamente accidentado; siguen la direccion Sur hasta el cabo Ger y desde allí descienden hácia el cabo Mur, enfrente del cual se encuentran las Canarias. Pero los Vándalos habían sostenido largas y rudas contiendas contra los Berberiscos, y ya puede suponerse que estos últimos, gente poco sufrida de suyo, perseguirían sin tregua á los vencidos expulsándolos incesantemente del territorio, y cuando los dejaban por algun tiempo tranquilos, el avance de los impetuosos Arabes, que ponía en movimiento todo el Noroeste de Africa, hacía sumamente penosa su permanencia. Encamináronse entónces al Sur del Atlas; pero la elevacion y aspereza de aquellas montañas les impidieron subir y establecerse en su cumbre, y como en las faldas de la misma hay por todas partes terrenos cultivables en que poder vivir, dirigiéronse á la parte del Sur y llegaron á las inmediaciones del rio Draa, cuyo valle conduce directamente frente de las Islas. Ya aquí, el desierto les cerraba el camino hácia el Mediodía; pero si eran arrojados á la falda Norte de las montañas, la cadena del Atlas los conducía á lo largo del mar hasta donde podian encontrar, sin dificultad, tierras de cultivo, ó por lo ménos grandes praderas para pastos, que llegaban á los mismos campos que hacen frente á Canarias, en donde se extiende ante la vista como un mar inmensurable y desconsolador de arenas y de rocas del desierto, desde el cual volvian los exploradores que mandaban delante, diciendo que no habia que pensar en continuar más allá. Desde allí, precisamente los que se aléjaban un poco de la costa, podian ver brillar, cuando el cielo estaba despejado, el pico de Tenerife cubierto de nieve y descollando como un gigante sobre la superficie del mar. Bien fuesen obligados por la necesidad, ó bien impulsados por ese espíritu irresistible de aventuras que dominaba á aquella gente vagabunda, pusieron al punto á construir barcas en que pasar al otro lado, para lo cual no les faltaba madera en los alrededores, y aguardando viento favorable, no era difícil realizar la travesía. La distancia no es más que de diez y ocho horas, y los pescadores del puertecillo de Tuneje, en Fuerteventura, tienen un cantar que dice:

De Tuineje á Berbería
Se va y se viene en un día.

Geográficamente hablando, es indudable que existe la posibilidad de una expedicion de Germanos desde Cartago ó desde alguno de los puertos de España á las Islas Canarias; pero ¿hicieron efectivamente los Germanos esa expedicion? La historia guarda profundo silencio acerca de este punto; así que debemos acudir á otras fuentes en busca de las pruebas.

III.

Pedro de Medina, navegante y erudito español del siglo XVI, refiere que encontró en una edición de Ptolomeo, dedicada al Papa Urbano, una indicación de la Isla *Antilia* con la nota siguiente: «Esta isla Antilia fué descubierta por los Portugueses, pero cuando se la busca no se da con ella (1). Encontráronse allí gentes que hablaban en lengua española y que debieron refugiarse en la isla en tiempos del rey D. Rodrigo, que fué el último que reinó en España en la época de los Godos, huyendo probablemente de los que anteriormente habían invadido la Península. Hay allí un arzobispo con otros seis obispos, y cada uno tiene su ciudad propia, por lo que la han llamado algunos *Isla de las Siete Ciudades*. El pueblo vive muy cristianamente, y disfruta en abundancia de todos los frutos de la tierra.» Mas como el papa Urbano VI (pues no puede referirse á otro) murió en 1389, parece que ya anteriormente debió haberse hecho mención de la *Isla de las Siete Ciudades*, si bien es posible también que esta indicación se anotase más tarde en ese ejemplar de Ptolomeo, pues según la inscripción que existe en el Mapamundi de Nuremberg, de Martin Behaim, «la isla *Atilin*, llamada de las Siete Ciudades, en el año 734, después de conquistada España por los infieles, fué poblada por el arzobispo de Porto, otros seis obispos, y varios cristianos de ambos sexos que llegaron embarcados huyendo de España, llevando consigo sus ajueres y ganados.» En efecto, ya en el año de 1424, figura *Antilia* en la carta geográfica más antigua que se conoce, y se halla en la Biblioteca militar de Weimar. En las cartas posteriores desaparece la Isla, como entre el vapor y la niebla unas veces al Norte, otras al Oeste. Contábase, sin embargo, como cosa positiva, que los siete Prelados, al tomar tierra, quemaron los bajeles y aparejos para no regresar nunca, y que los habitantes de las Islas, habiendo llegado allí un barco portugués cargado de gente expulsada de Portugal en tiempo del infante D. Enrique, se apoderaron de ella, conduciéndola á la iglesia, á fin de cerciorarse de que eran buenos católicos. Pero como de estas siete ciudades cristianas no vuelve á hacerse mención en ninguna parte, resulta que de la Isla legendaria de Antilia, sólo queda el hecho de que en la Península pirenaica existe la antigua tradición de que los Visigodos huyeron guiados por sus obispos, embarcándose y refugiándose en una tierra lejana.

Con alguna más claridad se deja entrever, en medio de lo nebuloso de los tiempos de la tradición, la hipótesis de una expedición de Vándalos. Desde

(1) Refiérese á la Isla misteriosa de San Borondon ó San Brandon.

luego salta á la vista que es imposible que todo el pueblo vándalo fuese expulsado de Africa, pues se hubieran acumulado espontáneamente en la costa, y allí habría sido necesario tener dispuestos innumerables barcos para recoger aquella gran masa de gentes, la que no podía menos de ser considerable, porque cuando los Vándalos fueron á Africa, se calculaba el número de sus combatientes en 80.000, y en su permanencia, que duró cerca de cien años, necesariamente hubo de aumentarse. Procopio, que no hace ascender el número de Vándalos y Alanos á su llegada á más de 50.000 hombres, añade: «Con el tiempo aumentáronse de un modo extraordinario, parte entre ellos mismos, parte porque se les agregaron otros pueblos.» Los Vándalos habitaban en Africa un país fértil que les proporcionaba todo en abundancia, de suerte que no se veían precisados á luchar contra el hambre y la miseria; pero sin embargo, su estancia no puede considerarse como un establecimiento definitivo y formal. Su dominación se extendía á una gran parte del Noroeste, dirigiéndose tan pronto á un punto como á otro, según les placía más ó menos la estancia en él.

Ahora bien, ¿de dónde habría podido sacar Belisario gente suficiente para atravesar toda aquella parte de Africa, dominarla y dejarla limpia de Vándalos? No se concibe, por lo tanto, que el caudillo bizantino, ni los moros indígenas pudieran derrotarlos tan completamente que se hubieran visto obligados á abandonar el país y emigrar en absoluto, sin dejar á ninguno de sus individuos. Con esta opinión coincide un dato histórico importante.

Ha llegado hasta nosotros una *Cosmografía* que se dió á luz cien años después de la caída del Imperio de los Vándalos, en cuya época debía haber ya alguna noticia acerca del fin que tuviera aquella célebre raza, que por tanto tiempo había llenado de terror el mundo civilizado. El autor de esta *Cosmografía*, de cuyo nombre y personalidad nada sabemos, pero que se le conoce por el Geógrafo de Ravena, dice entre otras cosas:

«Enfrente de la Mauritania Tingitana, á orillas del Gran Mar, se encuentra la Mauritania Gaditana, que en lengua berberisca llaman *Abrida*;» y añade: «*in qua gaditana patria gens Vandalorum á Belisario devicta in Africam fugit et nunquam comparuit*. Esta tierra gaditana inmediata al estrecho debe ser la *Septemgaditana*.»

Indudablemente en la Mauritania Gaditana se comprende aquí el territorio que está al Sur y algo al Oeste del Estrecho de Gibraltar, y que se extiende á lo largo del Atlántico. En esta parte de Marruecos fué en donde los restos del pueblo vándalo se dejaron ver por última vez, penetrando después, en su fuga, en el interior de Africa, sin que jamás se haya vuelto á oír hablar de ellos. A esta declara-

ción tan terminante de un geógrafo que se ha fijado particularmente en el punto de residencia de los pueblos, ¿puede contestarse con las noticias que nos proporcionan los historiadores?

Desgraciadamente sobre la caída del Imperio de los Vándalos sólo tenemos dos escritores á quienes referirnos, si bien son testigos oculares. El uno, sin embargo, es un cronista de escasa competencia, Víctor, obispo de Tenno, quien, como todos los de su época, sólo daban importancia á las luchas y disidencias religiosas, citando someramente todo lo demás. En cuanto al segundo historiador, el cortesano Procopio, interesábase más describir hechos novelescos, y en especial cuadros terroríficos, que seguir las peregrinaciones de un pueblo caído y dispuesto á desaparecer. Pero ni el uno ni el otro dicen nada que altere en lo más mínimo la relación del anónimo de Rávena, ántes bien, algo pudiera leerse entre renglones que vendría á confirmarla.

Cuenta el obispo cómo fueron disminuyendo los Hunos, cómo maltrató el rey Genserico al pueblo católico, y cuán sangrientamente abusó Gelimer de los príncipes y de la nobleza de los Vándalos; pero respecto á la caída del Imperio de estos se limita á decir que Belisario persiguió y derrotó á Gelimer, conduciéndole juntamente con sus tesoros á Constantinopla. No dice Procopio en ninguna parte que todo el pueblo vándalo y alano desapareciese ó fuese arrojado de Africa. Conforme á su relato, el rey de los Vándalos Gelimer, después de un sangriento y desgraciado encuentro en la frontera de Numidia contra Belisario, fué de nuevo atacado por éste, viéndose obligados los Vándalos á emprender precipitadamente la fuga. De Africa, sin embargo, no fueron expulsados con Gelimer más que aquellos que con él cayeron prisioneros ó cogidos en el asilo de las iglesias, ó tal vez en el mismo campo de batalla.

Nada hay, pues, ni en la naturaleza de las cosas ni en los datos históricos, que esté en contradicción con las noticias del anónimo de Rávena. Las fuerzas de los Vándalos vencidas por Belisario buscaron un refugio en Marruecos, asegurando algunos que los fugitivos indicaron aquellas cercanías como punto de reunión, después de la derrota. En un pasaje de la apología del emperador Mayorano, escrita por el obispo Sidonio Apolinario, vemos que el rey vándalo Genserico dominó también á los Autocolos que habitaban la Mauritania Tingitana, es decir, Marruecos. Otros datos hallamos en Procopio, según los cuales esa montaña *Auretz* hacía donde había huido Gelimer se encuentra á trece días de marcha de Cartago, hacía el Oeste, y sus alrededores en la misma dirección pertenecían á los Moros que habían despojado de ella á los Vándalos. Todavía más arriba de esta montaña vivían otros pueblos moros de que

era jefe Orthaiás. «A este hombre, dice Procopio, le he oído yo contar que más arriba del país en que él dominaba, no vivía nadie, extendiéndose hasta muy léjos terrenos completamente desiertos, al otro lado de los cuales habitaban gentes que no tenían la piel oscura como los Moros, sino muy blanca y el cabello rubio.»

IV.

Tales son las últimas noticias que nos proporcionan los historiadores acerca de los Vándalos, y con ellas deja de aparecer este pueblo en el terreno de la historia; faltan completamente datos ulteriores acerca del lugar de su residencia, y sólo existen hechos aislados que arrojan alguna luz, si bien muy tenue, sobre las peregrinaciones de esta misteriosa raza.

El moro Alhassan, llamado Leon Africano, en la descripción de Africa que escribió en el primer tercio del siglo XVI, dice de los Godos de Cartago: «A la caída del Imperio, todos los Romanos que pudieron ser habidos en Africa fueron expulsados por los Godos, y cuando más tarde conquistaron los Mahometanos á Trípoli en Berbería y á Capis, los habitantes de estas dos ciudades marcharon á Cartago, adonde se habían también retirado los Romanos y Godos más importantes, que osaban resistir á los sectarios de Mahoma; pero, después de varios descalabros, retiráronse los Romanos á Bona y los Godos abandonaron á Cartago, que fué entregada al saqueo de los Mahometanos, quedando por mucho tiempo despoblada.» Más adelante refiere Leon Africano, á su manera, la conocida historia del Conde D. Julian, cuyas noticias relativas á los años de 675 y 711 dice él mismo haberlas tomado de historiadores árabes. Pero cualesquiera que sean los errores en que incurre al dar cuenta de este particular, despréndese de la narración que, lo mismo en las cercanías de Cartago (Tánger) que en las inmediaciones de Septa (Ceuta), si bien Belisario se apresuró á mandar guarniciones suficientes para ambas ciudades, habían quedado Germanos en buen número, que permanecieron allí hasta la llegada de los Árabes. También se sabe que el país de Ceuta y de Tanger estuvo en poder de los Reyes Visigodos; pero los escritores coetáneos no hablan, sin embargo, en aquella época, sino mucho más tarde, y esto de una manera dudosa, de la conquista de las dos ciudades. Es posible que quedasen viviendo allí algunos Vándalos, que se someterían, por último, á la autoridad de los reyes procedentes de la raza goda.

Es también muy notable lo que nos dice un ilustrado viajero moderno, Gerardo Rohlfs, que ha recorrido el Imperio marroquí con una minuciosidad extraordinaria.

«Al Sur de Ceuta, dice, en el país de El-Gharbie, entre Ain Filfil y Hessian, como á una corta jornada al Oeste de este último punto, se hallan tumbas germánicas. Hay aquí, prosigue, un sinnúmero de pequeños sepulcros circulares que seguramente han sido levantados por la mano del hombre, y que presentan el mismo aspecto que los antiquísimos que se ven en los bosques de Lunemburgo. Estas tumbas, que existen desde hace siglos, no es probable que hayan sido construidas en tan crecido número por un pueblo errante, sino más bien por una raza que ha habitado largo espacio de tiempo estas cercanías.»

El mismo viajero alemán, dirigiéndose al Sur de Mogador y visitando aquellos pueblos y aldeas miserables, encuentra en las costumbres, en la manera de vivir, en la distribución de las casas y hasta en los utensilios más indispensables, vestigios elocuentes de una civilización relativa, comparada con la de los habitantes del Norte del Atlas y del interior del Imperio de Marruecos propiamente dicho, la cual revela la existencia de una raza que ha debido habitar aquellos parajes en época remota y durante un espacio de tiempo más ó ménos largo. Pero ocurre desde luego preguntar: ¿á qué pueblo deben atribuirse estas huellas de cultura? No hay para qué hablar de Arabes ni de Berberiscos, que nunca construyeron fortificaciones ni pueblos, y que por el contrario siempre fueron refractarios á la vida doméstica. En Alemania y en la Europa romana se encuentran de cuando en cuando algunas aldeas parecidas á las que describe Mr. Rholf. A los Españoles, Portugueses, Italianos ó Franceses no podemos referirnos, pues habitaban un territorio que distaba más de dos jornadas y que formaba un pequeño reino; y si los Romanos hubieran poseído uno semejante en Africa, se tendría alguna noticia de ello en Europa. Así, pues, debemos creer que esta tierra poblada pertenecía á un pueblo germano, el cual desde la Edad Media pasó á la costa del Atlántico, ya por mar, ya por tierra, estableciéndose allí en donde crecían frondosos bosques de argan. Sin duda no podía ser un pueblo poderoso el que á tal punto limitaba su residencia, y por lo mismo hay motivos para suponer que fuesen restos de Vándalos ó de Visigodos que habían roto todo género de vínculos con sus primitivas razas afines, y que más tarde pasarían á establecerse desde allí á las Islas Canarias que se hallan enfrente.

El padre franciscano Abreu Galindo, que ya en 1632 comenzó á ocuparse en el origen y antigüedad de los Guanches, refiere lo siguiente: «Entre los libros que posee la Biblioteca de la catedral de Santa Ana, de Canarias, existía uno tan maltratado, que le faltaban hojas al principio y al fin. Trataba de los Romanos, y contaba que siendo África pro-

vincia dependiente de Roma, sucedió que los Moros que la poblaban hubieron de sublevarse, dando muerte al presidente y á los gobernadores de la misma, por lo que resolvió el Senado imponerles un castigo ejemplar; y á este propósito mandó un numeroso ejército que ocupase la provincia y la redujese á la obediencia. Los jefes de la rebelión fueron ejecutados, y condenados los demás, juntamente con sus mujeres é hijos, á que, después de cortarles la lengua, se les pusiese en un barco con un poco de trigo y algunas reses y fuesen conducidos á las islas Canarias. Esta relación que se encontraba en un antiguo manuscrito en la primera mitad del siglo XVII en Canarias, merecería poco crédito si el inglés Tomás Nicols, que á los principios del XVI vivió siete años en aquellas islas y escribió una historia de aquel Archipiélago, no hubiese ya declarado por entonces «que los mejores datos que había podido adquirir acerca de la procedencia de aquellos naturales, eran que fueron desterrados de África, expulsados por los Romanos, que les habían cortado la lengua en castigo de haber vilipendiado á sus Dioses.»

De esta tradición confusa resultan cuatro puntos históricos: Primero, que los antecesores de los Guanches habitaron la Mauritania romana, así como la costa africana del Mediterráneo. Segundo, que despojaron á los Romanos (y por Romanos se entendía también en el siglo XVI á los Bizantinos) de la dominación del país. Tercero, que fueron al fin sojuzgados y expulsados. Cuarto, que la exasperación de los Romanos tuvo por causa especial los ultrajes que se inferían á su religión. Esto último trae desde luego á la memoria el odio que existía entre los Arrianos, como lo eran los Vándalos, y los Católicos.

La presunción de que aquel pueblo hubiera vivido ya en una civilización relativa en las islas, por más que se encontrase en un completo olvido y en la mayor decadencia, se revela también en la triste relación que los ancianos de Canarias hicieron á los conquistadores españoles: «Nuestros antepasados nos han dicho que Dios nos ha puesto en estas islas y nos ha abandonado; pero de Oriente vendrá la luz que nos iluminará.»

Notables son los restos y los recuerdos de costumbres cristianas y prácticas religiosas que se han conservado entre los Guanches, y de ellos nos habremos de ocupar más adelante.

Las primeras noticias acerca de los Guanches las encontramos en la primera mitad del siglo XII. Abu-Abdallah-Mohamed-el-Hammudita, más comúnmente llamado Ben-Edrisio, concluyó en 1154 en la corte de Roger de Sicilia su célebre obra de geografía, y en ella dice: «De Lisboa partieron los aventureros, cuya expedición tenía por objeto ver

»lo que encerraba el Océano y cuáles eran sus límites. Ocho hombres emparentados entre sí, habiendo fabricado un navío mercante y proveído de agua y comestibles para algunos meses, emprendieron su viaje, luego que los vientos de Levante comenzaron á soplar, y al cabo de once días de navegación con tiempo próspero, corrieron hasta un mar cuyas aguas estaban como espesas y exhalaban no sé qué olor desagradable. En él sólo se visiumbraban, á beneficio de la luz del día, que parecía muy quebrada, algunas rocas. Espantados, además de esto, con un sacudimiento repentino de la nave. mudaron de rumbo y navegaron doce días al Sur, hasta descubrir una isla *llena de cabras* que en numerosas manadas vagaban sin pastor ni persona alguna que las custodiase. Al desembarcar en la isla encontraron una hermosa fuente de agua viva que corría á la sombra de una higuera silvestre; y habiendo cogido algunas cabras, hallaron sus carnes tan amargas, que no siendo posible comerlas, sólo se aprovecharon de las pieles.»

«Después de haberse vuelto á embarcar y navegado otros doce días, siempre al Sur, divisaron á corta distancia otra isla, que parecía cultivada y adornada de habitaciones; costeáronla, y queriendo seguir su viaje á fin de hacer nuevos descubrimientos, se vieron repentinamente rodeados de barcas, y hechos prisioneros, fueron conducidos con su navío á un pueblo situado en la costa del mar, á donde acudieron unos hombres rojos, de pelo largo, de elevada estatura y ligeramente vestidos. Las mujeres eran de extremada hermosura. Tuviéronlos reclusos tres días dentro de una casa, y al cuarto vino á ellos un isleño, que después de algunos cumplimientos les preguntó en lengua arábica cuál era su condición, de qué país venían y qué buscaban. Luego que le refirieron sus aventuras, les declaró que él era el intérprete del Rey. Al día siguiente fueron presentados á este Monarca, quien haciéndoles las mismas preguntas satisficieron con las mismas respuestas; esto es, que eran unos aventureros, que habían corrido por el mar con el designio de descubrir todo lo notable y maravilloso que hubiese en él hasta encontrarle término.»

«Cuando el Rey oyó decir esto á los Moros, se echó á reír y dijo al intérprete: *Refiérete á estos extranjeros cómo mi padre dió orden para que algunos vasallos suyos saliesen al mar, quienes navegaron una Luna entera, hasta que, faltándoles la luz del día, conocieron que la empresa era inútil.* Entre tanto, el Rey mandó á su intérprete que obsequiase á aquella gente en su nombre y les advirtiese confiasen en su generosidad. Poco después fueron restituidos á su prisión, donde perma-

»necieron hasta tanto que, levantándose viento del Oeste, los embarcaron en una barca con los ojos vendados, y después de tres días de navegación llegaron al continente, en cuyas playas los desembarcaron abandonándolos con las manos ligadas á la espalda. En esta situación esperaron la luz del día sufriendo en todo este tiempo las mayores molestias, pues las ligaduras, oprimiéndoles dolorosamente, les impedían todo movimiento. Por último, percibiendo á lo lejos el rumor de voces humanas, clamaron todos pidiendo socorro. Acercáronse algunas personas, que viéndolos en tan miserable fortuna les preguntaron la causa y de qué país venían, á lo que respondieron que ellos no podían decir más sino que había dos meses que viajaban. Eran Berberiscos, y habiéndoles preguntado uno de ellos: ¿Sabeis la distancia que os separa de vuestra tierra? Y como le respondieron que no, replicóles diciendo: «Pues sabed que del punto en que os hallais ahora y vuestro país hay una distancia de dos meses de camino.» Entonces el jefe de los aventureros prorumpió en esta exclamación: *Vâ asañ*, como quien dice: ¡Ah! *cuánto hemos padecido!* Y desde entonces se llamó aquel puerto *Asañ*, el cual es una rada en la costa occidental de África.»

Esta singularísima expedición debió verificarse antes del año de 1447, pues en dicho año fueron expulsados los Moros de Lisboa. Se ha puesto en duda la exactitud de este relato, y M. Peschel cree que se necesita muy buena voluntad para considerar tales datos como testimonio de una exploración del Archipiélago Atlántico. ¿Pero de dónde adquirió Edrisio esas noticias? Indudablemente él las dió acogida en su obra no como un hombre crédulo que se presta ligeramente á transcribir una relación más ó menos curiosa sin examinarla antes y esclarecer sus pormenores. Nosotros debemos apreciarla en sí misma y no por el prisma con que probablemente miraba Edrisio las cosas en aquellos tiempos. Y la verdad es que la relación en sí no tiene el sello de una invención puramente poética, pues hasta sus menores detalles revelan la mayor ingenuidad. Si se echa una mirada sobre el mapa y se tiene presente la inseguridad de la navegación en aquella época, se explica la expedición satisfactoriamente. En once días navegan los aventureros con vientos de Levante hasta las Azores; allí encuentran una mar gruesa y de mal olor, probablemente por llevar despojos de alguna erupción volcánica ó grandes masas de algas marinas. Viran de bordo y navegan todavía durante doce días al Sur hasta llegar á la isla de la Madera, que por entonces estaba en efecto despoblada, y hallan en ella lo único que verdaderamente no confirman los navegantes que la visitaron con posterioridad, una

multitud de cabras, cuya carne desagradable al paladar podría explicarse por alimentarse de yerbas amargas, pues esto mismo acontece en las Islas Canarias. Todavía andan otros doce días hasta que llegan á Lanzarote ó á Fuerteventura, desde donde podían muy bien los que conocían el país conducirlos en ménos de tres á *Asafi* en tierra firme. Pero lo principal es, que cuanto refieren los aventureros árabes acerca de las Islas Canarias, de la estatura, del color, del pelo y de la piel de sus habitantes, así como de sus casas y del trato benévolo que les dispensaron, poniéndolos por último en las inmediaciones de una ciudad en donde se encontraron á la mañana siguiente, todo ello coincide exactamente con las conjeturas posteriores.

Por más de 200 años vuelven á quedar los habitantes de las Canarias como cubiertos por las nieblas del Océano. Al principio del siglo XIV parece resultar de una noticia de Petrarca que fueron visitadas aquellas islas por los Genoveses, y en un diario de Boccacio que se conserva en la Biblioteca Magliabechi de Florencia se encuentra una carta de comercio de un negociante florentino, el cual anuncia que un barco genovés, despues de haber recorrido todas las islas, traía á Europa los primeros cuatro individuos de raza canaria con *largos cabellos rubios*. Desde entónces sucediéronse con frecuencia las visitas al archipiélago, bien por las necesidades del comercio, bien para proporcionarse esclavos, hasta que con el año 1402 comienza propiamente la conquista.

Las investigaciones tanto históricas como geográficas practicadas hasta ahora, han demostrado la posibilidad de que los Germanos hayan ido á las islas Canarias, si bien no puede tenerse una evidencia completa hasta despues de haber presentado una serie de hechos que no dejen lugar á ninguna otra conclusion. Pero dada la falta de datos históricos, estas pruebas sólo es posible encontrarlas comparando las que tenemos de los Vándalos y Godos por un lado (ambos pueblos eran de una misma raza), con lo que sabemos, por otro, de los Guanches; y si de esta comparacion resultase una clara é indudable semejanza, ó siquiera parecido, entre los dos pueblos, deberá considerarse como realizada la demostracion. Para ello debemos elevarnos desde lo más efímero y débil que hay en la existencia de un pueblo, hasta lo más sólido y permanente. Lo que primeramente sufre modificaciones y cambios es la manera de vivir, porque el alimento habitual, el vestido, la habitacion, las ocupaciones diarias y lo que á estos fines sirve de materia y de instrumento, depende necesariamente del clima del nuevo país y de la naturaleza y productos de su suelo. En esta parte, el pueblo que ha precedido al conquistador ó al nuevo colono es el maestro. Únicamente

suelen conservarse ciertos gustos y aficiones nacionales, como, por ejemplo, algunos manjares favoritos ó algo en la disposicion interior de las casas. Lo más delicado, así como lo más fugaz en la manera de ser de los pueblos, es su lengua. La necesidad de comunicarse mutuamente hace desde luego indispensable la adopcion y el recíproco cambio de lenguaje. Qué idioma sea al fin el dominante ó cuál sea el grado de fusion ó de reconstruccion que haya de verificarse, depende de la cultura, del número y de la superioridad del uno y de la debilidad ó de la rudeza del otro. ¿Por qué razon, si no, hablan danés los Noruegos, y los Islandeses, que de ellos proceden, hablan el noruego antiguo? ¿Por qué conservan los Turcos y los Magyares su lengua más tiempo que los Fineses, que están ligados con ellos y que viven esparcidos por el imperio ruso? Más que el idioma y por más tiempo, se conservan en un pueblo que se establece en tierra extraña las costumbres, y sobre todo los hábitos domésticos y la nocion de lo que es justo y decoroso, así como sobreviven por largo espacio á su decadencia y á su disolucion la idea y la percepcion religiosa en medio de los preceptos y de la forma de la nueva creencia. Acontece esto especialmente en aquellas comarcas que viven más apartadas del trato y comercio general, en las cuales es lo comun que la fe en los antiguos dioses se revele por fin en las supersticiones que suelen conservar. El carácter nacional se presenta tambien como una fuerza que difícilmente retrocede, y que, por el contrario, procura conservarse en medio de las alteraciones más profundas. La mezcla con los Arabes en el Sur de Italia y en el Sud-Oeste de España; la que tuvo lugar en el Sur de Francia con los Celtas y con los Germanos en el Norte; la verificada en Silesia y en otros territorios de Alemania con los Eslavos, se deja siempre conocer en el carácter del pueblo.

Por más que no sea muy lisonjero para la humanidad, es lo cierto, sin embargo, que la manera de vivir, las costumbres, la religion y el carácter de un pueblo es mucho ménos permanente que su organizacion física, sobre todo la corpulencia, la estructura de los huesos, la forma del cráneo y la expresion de la fisonomía.

FRANZ VON LOEHER.

(*Die Allgemeine Zeitung.*)

(Continuará.)

ORÍGEN Y PROGRESOS DE LA BOTÁNICA.

(Conclusion). *

Pasando al siglo XIX, es de notar que en su primer tercio, y aún despues en determinadas naciones, siguió predominante la escuela linneana, y sus partidarios se manifestaban más apegados y defensores del sistema sexual y de la botánica puramente descriptiva que lo fué el mismo preclaro maestro: achaque propio de los que profesan con grande entusiasmo una doctrina, por más que muchas veces inconscientemente hagan daño á la misma con sus exageraciones y fanatismo. Sin embargo, aunque despacio en un principio, pero con paso firme y siempre progresivo, logró introducirse y generalizarse la clasificacion natural, dominando al fin por completo en todas partes, á lo que contribuyeron los más distinguidos botánicos de Europa. De este tiempo data el establecimiento de numerosos jardines destinados á la enseñanza, la formacion de gabinetes de historia natural y de herbarios generales y especiales, la instalacion de cátedras, la publicacion de obras en que se trata de todos y de cada uno de los ramos de esta ciencia, comprendiéndose aquí las Floras de la mayor parte de las regiones de la tierra; y como resultado de todo, y más bien por el trabajo individual de muchos que por la aparicion de ningun gran genio, se ha alcanzado el notable desenvolvimiento científico de la botánica actual.

Enumeraré ahora por nacionalidades algunos de los hombres que más han resplandecido en la profesion de esta ciencia durante dicho período, no siéndome posible hacerlo de todos, aunque bien lo deseara, porque de intentarlo habia de escribir un voluminoso libro: tal es la aficion y el empeño que se ha despertado en los pueblos cultos por el estudio y adelantamiento de la historia natural.

En Francia, nacion entusiasta y propagadora como ninguna de todos los conocimientos útiles, sobresalieron en los estudios botánicos desde principios del siglo muchos sabios. Lamarck publicó obras extensas descriptivas, y en la *Philosophie zoologique* expuso con bastante claridad la hipótesis de la evolucion en la naturaleza; Desfontaines, Richard y Mirbel se distinguieron como fisiólogos y como prácticos, y Brongniart trató de los vegetales fósiles, contribuyendo cada uno por su parte á hacer progresar la ciencia.

Mas quien la abarcó toda y la expuso con la mayor extension, originalidad y brillantez, fué el suizo Augusto Decandolle, que en su larga y laboriosa vida dió á luz entre otras obras, todas impor-

tates, la *Théorie élémentaire de la botanique*, estableciendo en ella los cánones de la sistemática; la *Organographie végétale*, en que se estudian de una manera nueva los órganos fundamentales de las plantas y sus transformaciones; la *Physiologie végétale*, donde se enseñan y explican mejor que se habia hecho anteriormente las funciones del organismo; y la más importante de todas, el *Prodromus systematis regni vegetabilis*, que es la disposicion ordenada y la descripcion clara y amplia de las familias, géneros y especies de plantas dicotiledóneas conocidas hasta el dia, y á cuya publicacion han contribuido tambien en primer término su hijo Alfonso, uno de los botánicos más considerados de los presentes tiempos, y otros sabios de diferentes naciones de Europa. Nombraré tambien entre los botánicos suizos á Boissier, por haberse ocupado en el estudio de la vegetacion española, publicando su preciosa obra titulada *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne*, en que dió á conocer muchas especies y géneros nuevos encontrados en las provincias de Granada y Málaga, habiendo utilizado para completar esta interesante Flora los herbarios y apuntes de Clemente y de otros botánicos españoles.

En la docta Alemania han brillado durante este mismo tiempo tantos ó más botánicos que en los otros pueblos de Europa. El estudio de la historia natural fué allí de antiguo, y lo es en la actualidad, una ocupacion general y apasionada de todas las clases de la sociedad: se habla de reyes botánicos, como Federico Augusto de Sajonia, que salia á herborizar con el profesor Reichenbach; y de soldados naturalistas, que durante las campañas recolectaban plantas é insectos: así se explica que los alemanes hayan realizado tantos progresos en esta ciencia.

Haré primeramente mencion de Goethe, el inspirado poeta y filósofo profundo, que ántes de conocerse la organografia de Decandolle, dió á luz la *Metamorphose der Pflanze*, en cuya obra, aunque por distinto procedimiento, dedujo las mismas verdades que el ginebrino, si bien en términos más generales: aparte de esto, en sus escritos sobre las ciencias naturales se muestra defensor de la teoria evolutiva y de la descendencia en los seres orgánicos, que Geoffroy Saint-Hilaire, su contemporáneo, habia presentado y defendido en la Academia de Ciencias de Paris. Alejandro de Humboldt, sabio naturalista y viajero diligente, escribió sobre todos los ramos de las ciencias naturales y fué el primero que trató científicamente la Geografia botánica, despues continuada y ampliada por los trabajos de Brawn, Wahlenberg, Shaw y Alfonso Decandolle. Link, profesor en Berlin, publicó con Hoffmannsegg dos tomos lujosos de la *Flore portugaise*. Jacquin Treviranus, Nees de Esenbeck, Unger y Schacht se distinguieron unos como fitógrafos, otros como

* Véase el número anterior, pág. 268.

fisiólogos. Schimper ha trabajado nuevamente sobre la paleontología vegetal; Endlicher es autor de dos obras importantísimas, el *Genera plantarum* y el *Enchiridion botan-cum*, en que se describen las familias y los géneros de la manera más perfecta. Kuntz, en su *Enumeratio plantarum*, se propuso abrazar todas las monocotiledóneas, viniéndose así á completar con esta obra y las de Walpers el *Prodromus* de Decandolle. Hugo Mohl, dedicado durante muchos años al estudio microscópico de los tejidos, adelantó notablemente el conocimiento de la estructura vegetal en todas sus clases y órganos. Schleiden, naturalista y filósofo á la vez, realizó un cambio completo en el método de investigación y de exposición de la botánica general, que él llama científica, con haber publicado la obra *Die Botanik als inductive Wissenschaft*, en la cual se hace un estudio minucioso de la célula aislada como individuo y en conexión con otras formando los tejidos, se sigue la historia del desarrollo del vegetal y de cada una de sus partes desde que nace hasta su complemento, y se expone la fisiología bajo nuevo plan, desechando como mal fundadas y erróneas muchas de las teorías admitidas por los fisiólogos anteriores. Prinshein, Cohn, Nægeli y Rudbkofler han investigado moderadamente la célula, su formación y crecimiento, la fecundación y reproducción sexual de las plantas, haciendo el descubrimiento importante de que en todas las clases del reino vegetal existe esta función como en los animales, y han dado á conocer el fenómeno curioso de la generación alternante ó transformaciones que la planta sufre en el curso de su vida, apareciendo en cada cambio bajo formas completamente distintas.

Por último, Julio Sachs, profesor de Freiburg, ha escrito recientemente la obra titulada *Lehrbuch der Botanik*, que es la más completa hasta el día para conocer el estado de la botánica. Su autor adopta el método de Schleiden, y desarrolla la morfología y la fisiología con el auxilio de las novísimas observaciones microscópicas y de los adelantos de la física y de la química de tal modo, que no puede formarse una idea cabal sin leerla y meditarla mucho: el mérito de este libro está demostrado con las repetidas ediciones que en poco tiempo van hechas, y por haberse traducido ya en varios idiomas, lo cual facilita considerablemente su lectura.

Justo es que hagamos en este lugar una mención especial de los profesores Willkomm y Lange, sajón el primero y dinamarqués el segundo, que habiendo recorrido y explorado botánicamente España toda, reunido grandes herbarios y estudiado los formados por botánicos nacionales y extranjeros, están publicando desde el año de 1861 el *Prodromus floræ hispanicæ*, obra que aún no se halla concluida, pero sí muy adelantada, y será la primera Flora general

española que tendremos, porque la de Quer, por anticuada é incompleta, no satisface las exigencias actuales de la ciencia. Me complazco, pues, en hacer desde este sitio el elogio debido de esos dos beneméritos botánicos, y en rendirles un tributo de consideración y gratitud por el servicio científico que nos prestan.

Examinando el estado de la botánica en Inglaterra, puede desde luego asegurarse que esta nación aventaja á todas las demas en publicaciones muy lujosas de historia natural, en museos, jardines y herbarios, y entre sus botánicos se encuentran algunos á la altura de los primeros de Europa. Bastaría con citar á Smith, Hooker, Lindley y Bentham, taxónomos y fitógrafos consumados; á Webb, que publicó con Berthelot la magnífica obra *Histoire naturelle des îles Canaries*, y estuvo en nuestra Península durante algun tiempo, habiendo escrito como resultado de sus herborizaciones libros y folletos sobre plantas españolas. Pero á todos los nombrados supera Roberto Brown, que dotado de eminente genio botánico, levantó esta ciencia á grande altura, cultivando con igual profundidad y acierto todos sus ramos, dándoles unidad en su variedad, y constituyendo de esta manera un todo armónico que es la verdadera ciencia botánica del día.

Este sabio residió una larga temporada en Nueva Holanda, cuya Flora en parte llegó á publicar: visitó otras comarcas de Oceanía, algunas de Asia y la mayor parte de Europa, pasando por los años de 1841 á 1842 á la zona meridional de España, donde recogió muchas plantas.

La poética Italia ha dado también insignes hombres de ciencia en el siglo presente, y contribuye á popularizar las naturales por medio de publicaciones abreviadas y sumamente económicas. Entre sus botánicos se distinguen: Amici, que como fisiólogo ha hecho descubrimientos de la mayor importancia; Tenore, autor de la *Flora napolitana*; Bertoloni de la *F. italica*, y Parlatore, de la *F. italiana*; éste además es redactor de varias monografías de familias en el *Prodromus* de Decandolle.

En Portugal no han faltado naturalistas en los tiempos antiguos como tampoco en los modernos, y la ciencia botánica se ha cultivado siempre. Brotero, profesor de Coimbra, publicó la *Flora* y la *Phytographia lusitanica*, con buenas descripciones y cuidadosos grabados, particularmente de las muchas especies nuevas que en sus excursiones encontrara.

España ha contribuido en todos tiempos al progreso de la botánica, pues que son muchos los trabajos y descubrimientos debidos á los sabios arriba mencionados y á otros posteriores; y los Gobiernos se interesaron constantemente en la protección de

largas y costosas expediciones científicas, subvencionaron la publicación de obras importantes, y establecieron cátedra de esta asignatura en las Universidades, Institutos y Escuelas especiales, además de haber fundado algunos jardines botánicos y museos destinados á la enseñanza teórica y práctica de la historia natural.

Sin recordar el tiempo en que Felipe II favoreció el establecimiento de jardines de plantas medicinales en algunos puntos de España, y enviaba al doctor Hernandez á Méjico para que explorase como naturalista aquel territorio, proteccion que continuó en los reinados siguientes, encontramos despues, que Fernando VII instala el primitivo Jardin Botánico de esta corte en el Soto de Migas-Calientes, y Carlos III, restaurador de la botánica en España, lo hace trasladar al sitio donde hoy se halla, y le asigna fondos suficientes para atender á su conservacion y mejoras. Este gran rey fundó otros establecimientos análogos en las provincias, é hizo levantar de planta, junto al paseo del Prado, un suntuoso edificio para colocar en él las colecciones de historia natural, que luégo fué destinado á Museo de pintura y escultura. Pero á todos estos beneficios, aunque considerables, exceden todavía tantos y tan dilatados viajes científicos como mandó emprender bajo sus auspicios; tales fueron las expediciones del Perú y Chile, de Nueva-Granada, de las islas Filipinas, de Nueva-España, y el viaje alrededor del mundo á las órdenes de Malaspina, en que fueron en clase de naturalistas los activos é inteligentes Pineda y Née. Carlos IV siguió las huellas de su predecesor y dispensó proteccion y amparo á las ciencias naturales. En su tiempo fueron comisionados Cavanilles, Clemente y otros distinguidos profesores para que reconociesen algunos distritos de la Península, con el fin de recoger y estudiar las plantas que se crían en su suelo, describirlas y darlas á conocer; é hizo venir con destino á los jardines de Aranjuez numerosas colecciones de especies raras de árboles exóticos, procedentes de Asia y de América, de las que aún se conservan algunos ejemplares de los primitivos en aquel Real Sitio. Fernando VII, á pesar de las circunstancias de su reinado, tan críticas y poco favorables para las ciencias, procuró fomentar el estudio de la botánica, erigiendo cátedras y proyectando nuevos jardines botánicos y de aclimatacion en algunas provincias.

Posteriormente todas las Administraciones que se han sucedido en el gobierno de esta nacion, atendieron y atienden con solicitud á cuanto se refiere á la instruccion pública y privada, dándose al efecto varias leyes especiales sobre tan importante asunto en armonía con las que rigen en los Estados más adelantados de Europa. Así las ciencias y las artes han recibido un gran impulso, no escaseando los

Gobiernos cuantos auxilios puedan necesitar los establecimientos de enseñanza para su conservacion y engrandecimiento: con lo cual se contribuye eficazmente á la cultura general del país y al constante progreso de su ilustracion y riqueza.

De botánicos españoles que figuraron en esta última centuria, nombraré á algunos, dejando de hacerlo de los que aún viven, á pesar de ser muy dignos de ello por su mérito relevante, investigaciones realizadas, obras que han escrito y otros servicios que llevan prestados en adelanto de la ciencia, porque no creo sea todavía ocasion de poderlos juzgar con criterio enteramente imparcial y desapasionado.

De los que se han ocupado de la vegetacion peninsular, haré mencion primero de Lagasca, discípulo predilecto de Cavanilles y profesor en el Jardin de Madrid: escribió sobre caracteres, propiedades y usos de las plantas en las Adiciones á la Agricultura general de Herrera, en los Anales de ciencias naturales, y en varios folletos y revistas. Compañero suyo de profesorado en el mismo establecimiento, fué Clemente, cuyos escritos serán siempre modelo de lenguaje castellano puro y castizo. Permaneció algunos años en las provincias de Andalucía, principalmente en las de Cádiz, Málaga y Granada, comisionado por el Gobierno para hacer el estudio de su historia natural y agrícola, habiendo practicado con tal motivo una nivelacion muy exacta de la Sierra-Neuada, y recogido colecciones y datos preciosos de la vegetacion y de los cultivos especiales, de los cuales no llegó á publicar sino algunos fragmentos sueltos por haber fallecido todavía joven y lleno de entusiasmo y de esperanzas, con razon concebidas, en favor de las ciencias á que con tan buena preparacion como talento se dedicaba. Nos dejó, sin embargo, como muestra de su laboriosidad y saber la obra clásica del *Ensayo sobre las variedades de la vid comun*, que ha merecido los honores de la traduccion en los principales idiomas europeos. Tuvo Clemente, además, el particular privilegio de adelantarse á su época en el conocimiento de lo que debía ser la botánica para merecer el dictado de ciencia, exhortando al estudio y union de todos los ramos que la constituyen. Por último, Cutanda, á quien con mucho gusto vuelvo á nombraros, fué tambien profesor en el Jardin Botánico de esta corte, y entre otras obras escribió, estando en la comision del mapa geológico de España, la *Flora de la provincia de Madrid*, tan útil como justamente celebrada.

Para el estudio de la vegetacion de nuestras provincias de Ultramar, hemos tenido en estos tiempos dos naturalistas: Fray Manuel Blanco y D. Ramon de La-Sagra. El primero, religioso Agustino de las comunidades de Asia, estuvo muchos años en Filipi-

nas, ocupando los momentos que le dejaba libres su misión evangélica en recoger las plantas del país, y formó la *Flora de Filipinas*, obra que da bien á conocer la riqueza vegetal de aquel archipiélago. Don Ramon de La-Sagra fué director del Jardin Botánico de la Habana, y á su regreso á Europa, despues de una larga residencia en aquella Antilla, publicó la *Historia natural y política de la isla de Cuba*, siendo los encargados de redactar la Flora C. Montagne y A. Richard, que se valieron para ello principalmente del herbario y las noticias que La-Sagra les suministró.

Como resumen de lo dicho, y para dar una idea más concreta del desenvolvimiento y estado actual de la botánica, dividiré su historia en cinco grandes períodos, que á la verdad no pueden fijarse rigurosamente por número de años, pues que en los anteriores se vienen preparando, aunque en hechos aislados, pero cada vez más comprensivos y evidentes, las teorías y doctrinas que han de tener su predominio y apogeo en los sucesivos.

El primer período, más largo que los cuatro siguientes juntos y tambien ménos fecundo que cualquiera de ellos, abraza desde el origen de los conocimientos humanos hasta muy entrada la Edad Media. Constituyeron todo el saber botánico de entonces la obras de Teofrasto, Dioscórides y Plinio, despues traducidas y comentadas, y los libros de herbolarios posteriores á aquellas, en cuyos escritos apenas encontramos más que la enumeracion de las plantas de virtudes verdaderas ó supuestas, usadas ó recomendadas como medicamentos, sin otra descripción que alguna ligera frase característica, pudiéndose muy bien aplicar á especies y aún á géneros diversos. Corresponden á esta época las clasificaciones llamadas usuales ó prácticas, que no toman los caracteres para sus divisiones del vegetal mismo, sino de la aplicacion á que se destina. Aquella botánica era puramente utilitaria ó de necesidad, nada tenía de científica, constituyendo sólo un ramo de la medicina, de la agricultura y de las industrias.

Mediado el siglo XVI, tiempo del renacimiento de las ciencias y de las letras, de descubrimientos portentosos en todos los ramos del saber humano, y cuando el espíritu investigador se ensanchó grandemente porque empezaba á disfrutar del libre examen, tambien la botánica despertó de su letargo y entró en el segundo período de adelantos.

Desde Cæsalpino y los dos Bauhinos, hasta Malpighi, Rayo y Tournefort, se descubre un interés manifiesto en describir mejor las formas exteriores del vegetal y de penetrar en su estructura interior; y separándose aquellos botánicos de la estéril interpretación de los libros antiguos, quisieron lograr por el estudio directo de las plantas su conocimien-

to y determinacion. Se presentan por primera vez los ensayos de verdaderos sistemas artificiales de clasificación, aunque todavía imperfectos, pero el concepto del género casi se completa y el de la especie queda bosquejado.

Empieza el tercer período con el gran reformador de la historia natural, Cárlos Linneo, en cuya *Philosophia botanica*, publicada en el año de 1751, se establecieron de una manera clara y verdaderamente científica los fundamentos de la botánica general y con más detenimiento los de la sistemática, fijando el significado de especie y de género en la acepcion que hoy en la práctica se entienden, y creando con el sistema sexual la nomenclatura y los términos técnicos no usados ni conocidos anteriormente, siendo tan grande su ventaja que se han conservado hasta nuestros dias.

Sin embargo de que en este tiempo hay ya anatomía, fisiología y geografía vegetal, son estudios muy incompletos y aislados á que se daba poca importancia, no concediéndose entonces el nombre de botánica propiamente dicha más que á la fitografía, y botánico era el que llegaba á distinguir unos cuantos cientos de plantas y sabía de memoria sus nombres; modo de ver que por muchos años encerró la ciencia en límites estrechos y mezquinos, deteniendo así sus progresos, por más que esta no fuese la mente de Linneo, pues sabido es que rechazaba el exclusivismo é intentó formar el método natural de clasificación.

Esta época puede bien considerarse como de transición, y fué necesaria por más que tuviera el carácter de penosa monotonía y de curiosidad. Durante ella se reunió y preparó cuantioso material por medio de las muchas publicaciones que se hicieron de plantas recogidas en todas las partes del mundo, describiéndolas y nombrándolas de una manera científica; trabajo que todo había de utilizarse al entrar la botánica en el siguiente cuarto período.

En parte de él continuó predominando el sistema sexual; pero como no satisfacían ya á los hombres reflexivos los sistemas artificiales, porque quedan separados y casi siempre muy distantes unos de otros géneros que entre sí tienen las mayores semejanza, se necesitaba agruparlos en un orden más lógico que correspondiese al espíritu ilustrado del botánico moderno, que busca en los vegetales, no virtudes ni nombres, sino el grado de desarrollo en que se hallan en la escala general de las formas y las afinidades que los unen para constituir grupos naturales. De aquí nació el método de familias que anhelaban y anunciaron Bauhino y Linneo, y de Jussieu descubrió iniciando con este adelanto una nueva era científica.

Durante ella, aunque tropezando en un principio con dificultades y preocupaciones, se logra al fin

sea aceptado y generalizado el método natural de familias. Con tal motivo se hizo de nuevo el estudio del vegetal como individuo en su composición, estructura, formas y vida; como colectividad en sus caracteres distintivos, afinidades y agrupamiento, y, por último, en las relaciones geográficas y topográficas de su distribución, alcanzando por consiguiente un gran desarrollo la química, anatomía, organografía, fisiología, metodología y geografía botánica, uniéndose y completándose todos estos ramos, que en conjunto forman la verdadera ciencia fitológica.

El período quinto, que es en el que nos encontramos, puede llamarse del microscopio, porque á este instrumento óptico debemos los progresos modernos que ha realizado la botánica: sería también con propiedad titulado el filosófico, porque ha traído á la ciencia el carácter que faltaba en las épocas anteriores principalmente históricas. La iniciativa se atribuye al eminente botánico Roberto Brown, así como el no ménos célebre Schleiden es quien primero y mejor ha contribuido á desenvolverlo.

A los adelantos de la botánica de nuestros días ayudan principalmente las ciencias filosófica, física, química, geográfica y geológica, tomando de ellas el método de investigación y de exposición, tan necesarios para inquirir y encontrar la verdad y presentarla con evidencia; las leyes que rigen la materia, y explican satisfactoriamente fenómenos ántes oscuros ó indescifrables; las de las afinidades químicas, por medio de las cuales tienen completa solución problemas fisiológicos en épocas no lejanas apenas planteados; la exploración de nuevos territorios, que facilita y proporciona el descubrimiento de especies nuevas de vegetales, cuyo número asciende ya hoy á más de cien mil, y, por último, los resultados de las investigaciones paleontológicas, que han desenterrado y dado á conocer las huellas y formas de multitud de plantas fósiles, casi todas desaparecidas del mundo orgánico actual.

Con estos poderosos auxilios, el uso constante del microscopio, la aplicación del principio fecundo de la división del trabajo, y por el entusiasmo siempre creciente en honor y progreso de esta preciosa ciencia, se está operando paulatina pero manifiestamente un cambio trascendental en sentido físico-matemático que constituirá la botánica del porvenir.

El método inductivo, único que debe emplearse en la investigación de las ciencias experimentales, ha sustituido al dogmático que mantenía y perpetuaba el error. En la exposición de la botánica se sigue ahora la misma marcha que la naturaleza nos traza, principiando por el estudio de las plantas más sencillas, las talofitas, y acabando por las más

complicadas, las dicotiledóneas; observándose de un modo lógico la sucesiva presentación y desarrollo de todos los órganos que constituyen el cuerpo vegetal.

La hilología, ó sea el conocimiento de los elementos y combinaciones químicas, orgánicas é inorgánicas que se encuentran en las plantas, constituye uno de los fundamentos de la biología. Los cuatro elementos, carbono, oxígeno, hidrógeno y nitrógeno, forman casi todas las sustancias vegetales, y sus compuestos binarios, ternarios y cuaternarios más esenciales son: el ácido carbónico, los hidratos del carbono y las materias protéicas. De estas últimas, el protoplasma es la más interesante, encontrándose en él además azufre y fósforo; se considera como la materia plástica primitiva orgánica y residencia principal de la vida, de tal modo que ninguna nueva formación ni función fisiológica puede realizarse sin su presencia, y su eficacia procede probablemente del movimiento y sensibilidad que lo animan.

Objeto de la histología es el estudio de la célula, órgano elemental único de las plantas y origen de todos los organismos vegetales, aun los más complicados, que en su crecimiento varía de formas y produce los llamados vasos, así como reunida á otras constituye los tejidos y los cordones fibrovasculares, con funciones químicas y fisiológicas muy diferentes. La célula siempre se nos presenta en el reino vegetal con más aislamiento é independencia que en el animal, por lo que su vida deberá ser también más individual: en las familias inferiores consta algunas veces sólo del utrículo primordial, que es una masa de protoplasma sin membrana ó película exterior.

Las formas de las plantas y las de sus órganos, y la historia de su desarrollo ú ontogenia, es de los ramos de la botánica general á que se ha prestado más atención en estos últimos años, y se denomina morfología. No todos los vegetales tienen el mismo grado de organización; ésta adelanta y se perfecciona á medida que va separándose de su origen: las algas empiezan la serie, las familias de flores compuestas la terminan, y en ellas se encuentran perfectamente deslindados por caracteres propios los cuatro órganos fundamentales, que son: raíz, tallo, hoja y pelo, cada uno de los cuales puede presentarse diversamente transformado ó metamorfoseado, y servir para usos y funciones fisiológicas distintas.

Constituye también uno de los fenómenos morfológicos más admirables de los descubiertos recientemente el de la generación alternante, observada ya en todos los grupos de las plantas, apareciendo éstas en cada cambio de generación en formas completamente desemejantes. En las algas alternan

las generaciones sexuales y asexuales, variando la forma en cada familia; en los hongos existe el fenómeno, y de tal suerte, que una misma especie encontrada en sus varias transformaciones ó distintos estados de desarrollo, se ha descrito como si fueran géneros diferentes; en los musgos hay por lo ménos tres generaciones, la primera y tercera asexuales, la segunda sexual; en los helechos al germinar la espóra se observa una generacion sexual en que el protalo produce anteridios y arquegonios, aparecen las frondes que es la segunda generacion, y en la tercera asexual tiene lugar la formacion de las esporas; tambien se encuentra la generacion alterante en las fanerógamas, efectuándose dentro del saco embrional, y debe considerarse en ellas el endosperma como equivalente al protalo de las familias criptógamas.

La biología tiene dos partes, fisiología y patología; esta última se halla en un estado de atraso tan considerable que casi ningun autor la trata, y hasta el presente no se han hecho de las enfermedades de las plantas más que descripciones puramente empíricas, sin explicacion alguna bien fundada. El estudio de la fisiología vegetal es de época reciente y puede decirse que empieza á regenerarse, siendo su primer resultado la anulacion de muchas de las teorías y creencias antiguas; sin embargo, es poco lo nuevamente edificado, por las grandes dificultades que ofrece el conocimiento del mecanismo y funciones del vegetal, donde obran fuerzas mal conocidas y quizás no bien interpretadas. Hoy todo quiere explicarse en fisiología por causas mecánicas naturales, por las fuerzas fisico-químicas, á cuya union y modo particular de obrar en el organismo se le da el nombre de fuerza vital, negándose su existencia en el sentido que ántes se habia tomado esta expresion y que aún muchos naturalistas conservan.

Pero el hecho más principal de la fisiología botánica moderna es, á no dudarlo, el descubrimiento de la reproduccion sexual en las clases inferiores de las plantas, pudiéndose en su consecuencia establecer como ley general, que esta funcion es comun á todos los séres animales y vegetales. La sexualidad se observa ya en las talofitas de estructura más sencilla, donde tiene lugar la conjugacion, que produce las zigoesporas con existencia propia é individual; en las algas superiores la célula madre está contenida en el oogonio, á cuyo aparato llega la materia fecundante formada en células especiales; en las muscineas y criptógamas vasculares se desarrolla la célula central en el arquegonio, y mediante la accion directa del espermatozoide de los anteridios, empieza un ciclo evolutivo particular de que resulta en último término la generacion neutra ó asexual, que es la espóra de

reproduccion; finalmente, en las fanerógamas los corpúsculos y el saco embrional encierran la célula-óvulo, y esta se fertiliza por la introduccion difusiva de la fovilla ó aura seminal encerrada en el tubo polínico que llega á mezclarse con el protoplasma de la célula hembra, desapareciendo aquel y siguiendo esta su desarrollo hasta formar el nuevo individuo, ó sea la semilla. Otro fenómeno curioso de la reproduccion vegetal consiste en que generalmente la union de las células sexuales de parentesco próximo es perjudicial á la perpetuidad de la especie; por esto la misma naturaleza dificulta de muchas maneras estos enlaces, haciendo á aquella ya diclina, ya dicogama, heteroestila, etc., y empleando de un modo maravilloso como medio activo de los cruzamientos entre individuos de la misma especie ó de especies afines, á los insectos, que atraidos por el néctar de las flores inconscientemente realizan uno de los fines principales de la vida de las plantas.

La botánica sistemática no ha sufrido ninguna reforma profunda en estos últimos tiempos; mucho ha adelantado, sin embargo, el estudio de las familias, de los géneros y de las especies, agrupándose y describiéndose con gran perfeccion y en número considerable. Ahora empiezan á tomar incremento y fama algunas teorías filosófico-naturales que, si prevalecen, harán cambiar este ramo de la ciencia.

La doctrina genealógica ó teoría de la descendencia en el reino vegetal, cuenta ya con numerosos y distinguidos adalides entre naturalistas y filósofos de toda Europa: la apoyan por una parte el estudio de las variedades, por otra la ontogenia ó historia del desarrollo individual y la filogenia ó evolucion paleontológica del grupo. El principio que establece llamado de la seleccion, consiste en que en la naturaleza nace todo lo que pueda producirse en condiciones dadas; de ello sólo queda lo compatible con la accion é influencias de los agentes y circunstancias exteriores; todo lo demás perece despues de una lucha más ó ménos larga, pues á su conservacion no contribuyen las condiciones existentes. Opinion de esta escuela es tambien que en la naturaleza no se encuentra la especie, sino sólo individuos perpetuamente variables, siendo aquella en el concepto de nuestro limitado entendimiento, reunion de individuos que entre sí convienen en cierto número de caracteres durante un largo tiempo. Estas ideas acerca del origen de las especies tienden á trastornar el método de familias, reemplazándolo la clasificacion natural en la forma de árbol genealógico del reino vegetal, donde las plantas aparecerán colocadas segun su descendencia y verdadera consanguinidad ó parentesco. A pesar de lo muy difícil que parece á primera vista la realizacion de este plan, y que nunca será perfecto por falta de documentos

paleontológicos, se encuentra intentado en varios escritos recientemente publicados de autores ingleses y alemanes.

La geografía botánica, bajo las bases de antiguo establecidas, se ha ensanchado considerablemente, ya por el mejor estudio hecho de las causas y agentes que determinan la distribución de las plantas en la superficie de la tierra, ya también por el mayor número de especies conocidas y copia de datos nuevos relativos á la distribución misma.

Es asunto hoy muy debatido entre los geógrafos naturalistas si la especie tiene centro de creación y si es uno ó múltiple, resolviéndolo cada cual de distinto modo, según su escuela. Lo más probable parece que, á consecuencia de la ley de variabilidad de las formas orgánicas, se hayan presentado los tipos en un punto dado, distribuyéndose y dispersándose desde él hasta regiones remotas en el transcurso de los siglos. Pero sea lo que quiera, el fijar ese centro de creación ó de aparición de la especie, mal llamado por algunos su paraíso, debe considerarse en el mayor número de los casos como imposible, porque quizás en el sitio que se presentó primero ya no se halle y sólo se encuentre en otros muy distantes, por haber variado las condiciones de clima, suelo y demás que la rodeaban. Así es que ciertas plantas y animales que viven en América ó en Asia, existieron seguramente muchos miles de años atrás en varios puntos de Europa, donde aparecen sus restos fósiles entre los sedimentos de las formaciones terciaria y cuaternaria, y de la misma manera sucederá con otras especies por todas partes.

Finalmente, el estudio de la historia del reino vegetal ó paleontología botánica ha dado á conocer que cada período geológico está caracterizado por una flora especial, empezando la vida de las plantas en las primeras capas sedimentarias de la tierra con las formas más sencillas, y ascendiendo constantemente en las posteriores, llega á las más perfectas: estos hechos tienen tanto interés é importancia para el geólogo como para el botánico, y con sobrado fundamento se han llamado los fósiles medallas de la creación.

En la evolución del reino vegetal se observan las dos leyes de la diferenciación y del perfeccionamiento como resultado de la selección en la lucha por la existencia. Durante la edad primordial aparecen y se desarrollan las algas; en la primaria las muscineas y las criptógamas vasculares; desde la formación carbonífera nacen las fanerógamas gimnospermas; ya en la edad secundaria se presentan las angiospermas, aunque sólo monocotiledóneas y dicotiledóneas monoclamideas; en el grupo cretáceo existen las eleuteropétalas, y hasta muy entrado el período terciario no se encuentran las sim-

pétalas, cuya representación en la época actual la tiene el orden de las compuestas que la caracteriza principalmente.

Las ciencias naturales han progresado sin duda muchísimo en estos últimos tiempos; todas parece que á la vez caminan á su perfección, protegiéndose y auxiliándose mutuamente; pero antes de que lleguen á su complemento, ó sea á formar una doctrina físico-matemática, caso de alcanzar este alto grado de perfección, será quizás después de transcurrir algunos siglos, porque distamos todavía mucho de tan anhelado término.

Se ha dicho, por último, de la botánica, que tal es el atractivo que tiene en nosotros la infinita y extraña variedad y hermosura de los innumerables vegetales que copiosamente se encuentran por todas partes, y la utilidad de conocerlos y estudiarlos tan manifiesta, que debe mirarse como cosa muy natural el que cada día se alistén nuevos partidarios bajo la bandera de Flora. De los cuales, unos como conquistadores de riquezas vegetales van á reconocer países lejanos, arrojando riesgos y fatigas; otros como legisladores enseñan los principios de la ciencia y manifiestan sus fundamentos, y, en fin, muchos própagan y popularizan los conocimientos botánicos, publicando las investigaciones y los descubrimientos que hacen. La protección que ha merecido de los gobiernos ilustrados, de Mecenas poderosos y del civilizado público en general, fundada en las razones expresadas, ha excitado vivamente la solicitud de los sabios, que procuran corresponder á estas distinciones con lo más activo de sus desvelos.

Para terminar mi ya larga disertación, y como su mejor adorno y coronamiento científico y literario, consagro en esta festividad académica un recuerdo de admiración y respeto al sabio naturalista D. Simón de Rojas Clemente, repitiendo las elocuentes frases y profundos pensamientos que dejó consignados en los preliminares de su *Ensayo sobre las variedades de la vida*, acerca de lo que á su juicio debía ser la verdadera ciencia botánica.

«Mientras la historia natural de los vegetales, decía nuestro ilustrado compatriota, no sea más que una lista metódica de sus caracteres, acompañada tal vez de algunas citas, que á nada suelen conducir, del nombre ó nombres que les dan algunos, y de una indicación de los sitios en que se les ha visto y del tiempo en que florecen ó fructifican; nadie podrá vindicarla completamente de la futilidad, aridez y monotonía que retraen de su estudio á muchos buenos talentos ó les obligan á mirarla con desden. Ya es tiempo de que aspiremos á engrandecerla y hacerla respetar, extendiendo nuestras indagaciones á las latitudes, alturas, exposiciones, temperamentos, terreno y atmósfera en que vive

cada planta, á su organizacion, propiedades y usos, y en suma, á cuantas relaciones pueda tener con los demas seres y fenómenos del universo. Entónces sí que nos conducirá la botánica á grandes é importantes resultados, y deberá esperarse que llegue á ser muy pronto tan exacta como las matemáticas, tan sublime y profunda como la astronomía, tan útil como la agricultura y tan encantadora como la misma naturaleza.

ESTÉBAN BOUTELOU.

LOS ORADORES DEL ATENEO.

DON CÁRLOS MARÍA PERIER.

¡Suaves ondas que besais las playas de la Italia, tibias auras que meceis los cedros del Líbano, gentiles corderillos que triscáis en la pradera, aroma de las flores, perfume de los campos, venid! Vengan los elementos todos de la bucólica, y mójese mi pluma en la rica miel de Chio y en los lagos azules de la Helvecia. No tardeis. Ved que el orador se encuentra en pié, y yo impaciente por dar comienzo á la semblanza.

La voz llega ya á nuestros oídos.

Sentados bajo la frondosa y secular encina, en esas horas ardientes del medio dia en que el ruido de los humanos se apaga casi por completo y el de los insectos toma proporciones sofocantes; cuando todo dormita buscando con anhelo la sombra deleitosa, ¿no escuchasteis los errantes sonidos de la flauta? Las cadencias se prolongan de un modo indefinido, la misma frase se repite sin cesar, pero sus notas llegan unas veces puras y vibrantes, otras, cuando atraviesan por los juncos que crecen á orillas del arroyo, melancólicas y vagas, estremeciendo el aire con dulzura y cerrando blandamente vuestros ojos. Os hallais dormidos, y todavía percibís los mismos sonos. Despertais, y los seguís oyendo. Despues de algun tiempo, la flauta llega á ser uno de tantos insectos y forma coro con los cantos penetrantes del grillo y la cigarra.

Trasladaos al Ateneo de Madrid, y, si no os inspira algun temor, sentaos en una de esas butacas de color de cielo—¡á tal punto es cierto que el hábito no hace al monje! (1)—El Sr. Perier se levanta y da comienzo la sinfonia. La flauta entona con dulzura una melodía delicada que regalará vuestros oídos; mas ya se viene repitiendo cinco veces, y el artista no piensa en buscar un nuevo tema. Despues de algun tiempo quedareis dormidos. Cuando abrais los ojos, las cosas se encontrarán probablemente

(1) Estas butacas fueron sustituidas al fin por otras, si no tan vistosas, un poco más cómodas.

¡Loado sea el señor secretario!

en el mismo ser y estado, esto es, las auras que vienen de la derecha traerán á vuestros oídos la misma melodía. Acontece que el artista pretende introducir algunas variaciones en la frase; pero no me engaña, la percibo tan clara y tan distinta como si por vez primera saliera de la flauta.

El Sr. Perier es, pues, un orador, pero orador de una sola cuerda, y sobre ella nos da luengos conciertos. Orador de exordio interminable, aunque hemos de advertir que jamás empezará el conocido en la retórica con el nombre de exabrupto: se lo veda su exquisita cortesía.

Que en el horizonte de las discusiones del Ateneo se deje ver un tema por fas ó por nefas relacionado con la religion, la familia ó la propiedad, y ya tienen ustedes á mi orador con verdadera comezon de acudir á la muralla de estas instituciones, para que ninguna reforma clave en ella su bandera. Quizá sea el más constante de los sitiados, pero es carabina de chispa la que empuña y sus fuegos no son mortíferos. Avezado el enemigo á contemplarlo derecho sobre el muro, le dispara saetas sin veneno, porque ni su actitud es arrogante, ni son muchas las bajas que causa.

Esfuézase en pedir respeto y gracia para las sagradas instituciones que defiende, y no demanda la muerte y el exterminio para las que combate. Mis plácemes por ello. Poco hay tan destemplado y ponzoñoso como el lenguaje de los que toman por oficio la defensa incondicional de nuestras tradiciones. El Sr. Perier, al separarse totalmente de esta forma, merece con justicia los elogios de todas las personas sensatas é imparciales, porque en ello revela comprender que las instituciones de orden y de paz, pacífica y ordenadamente necesitan defenderse, y deja ver, además de esto, una buena fe que en vano han de alardear los que adoptan otros modos de polémica.

Muy léjos, pues, de erizarlo con argumentos de mala ley, sabe envolver con gran esmero el proyectil entre algodón y seda, barnizándolo despues bonitamente de aceites olorosos ántes de enviarlo al enemigo. Es tan manso y sosegado el juego de su palabra, que esta fluye de sus labios, como dice Homero que fluía de los del prudente Nestor, dulce cual la miel de las abejas.

Acabais de entrar en una de nuestras góticas basílicas, y es la hora en que con toda pompa se oficia ante los fieles. Los cánticos, sagrados y las plegarias fervorosas adquieren resonancia en los ángulos del templo. Las flores silvestres esparcidas por todo el pavimento «ofrecen mil olores al sentido.» El incienso que arde en los pebeteros del altar suspende por algunos instantes vuestro pensamiento, y os pone en deseo de reclinar la cabeza para recibir en plácido desmayo las tristes y graves

melodías del órgano. Todo es paz y sosiego. Los ruidos mundanales no quieren vibrar en aquella atmósfera seráfica.

Si oís al orador de que ahora estoy tratando, experimentaréis sensaciones muy análogas. Parece que no vive en medio de la lucha de creencias y doctrinas cuyo fragor conturba nuestros ánimos, y su oratoria es, pudiéramos decir, extramundana. En los momentos más críticos de la contienda, cuando el coraje inyecta de sangre los ojos de los héroes y la muerte cierne sus alas sobre el campo de batalla, levántase un orador con sereno continente, saca del bolsillo una encíclica romana, y da comienzo á su lectura, que impasible y tranquilo hace prolongar un buen lapso de tiempo. ¡Quién lo diría! Esta lectura es la lluvia copiosa y refrescante que apaga los ardores de la tierra. En adelante, los oradores se levantan á hablar entumecidos, y la sesión figura padecer de reumatismos.

Sigamos con el agua. No escucháis los ruidos medrosos y solemnes de poderosa catarata que se despeña, sino el susurro monótono del arroyo que serpea entre yerbas aromáticas, y al cual acompaña el no ménos triste y monótono rumor que el viento produce en los árboles. En vano anhelaís nuevas y variadas emociones. El orador, como la Naturaleza, languidece sin morir jamás. Navegamos por el mar Muerto, sin que un soplo de la brisa hinche nuestras velas.

Muchas veces me he preguntado: ¿qué actitud pensaría tomar el Sr. Perier dentro de la Convención francesa? Después de las enrojecidas palabras de Marat, ¿cómo sonarían sus discretas disertaciones? De aquella Montaña partían torrentes espumosos y violentos huracanes; ¿qué cesirillos tan suaves llegarían si el Sr. Perier se viera en ella!

Las distancias que de su homónimo Casimiro Perier le separan son inmensas. Aquel orador, cuya energía borrascosa tiranizaba á todas las fracciones de la Cámara, se hubiera visto en grave aprieto ante la cristiana mansedumbre de su tocayo. ¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra!

Para figurarse con cierta exactitud á este orador, es indispensable haber contemplado mucho tiempo un cielo siempre limpido, que si primero serena y dulcifica nuestro espíritu, luego empezará á causarnos tedio y concluirá por abrumarnos. ¡Con qué ansia pedimos entonces á ese cielo que en sus senos profundos condense los vapores que recibe y un momento nos cubra al astro del día! ¡Ay! en el cielo del pensamiento del Sr. Perier jamás ha estallado tempestad alguna!

La dición es correcta y el ademán sosegado; pero le falta color y animación.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

LOS ANTEPASADOS

INGO.

V. *

EN EL BOSQUE.

(Continuación.)



Pero los señores observaron al cabo de pocas semanas que era difícil mantener la concordia entre sus servidumbres; pues los jóvenes eran altivos y prontos en la cólera, y los ancianos cuidaban con demasiado celo del honor de sus respectivos dueños. La discordia estalló primeramente entre el vándalo Radgais y Agino, un arisco mancebo de la casa; y fué el motivo que el Vándalo le regaló á una doncella de la aldea, que le miraba con buenos ojos, una sortija. Agino, á quien esto disgustó, dijo al extranjero burlándose:

—Habíamos creído hasta ahora que el tesoro de tu señor era poca cosa; pero ya vemos que lo tenía oculto.

A lo que contestó el Vándalo:

—El que arriesga su vida en los combates encuentra la plata en su faltriquera, pero al que como tú apalea el grano en la era, crécenle sólo callos en las manos.

Esto oyeron las gentes de la casa; y cuando á la siguiente mañana Berthario con sus hombres pasó á la despensa á tomar la ración de avena para los caballos, Hildebrando, que era el dispensero de los huéspedes, nególe la avena trillada y díjole:

—Pues que habeis avergonzado á nuestros rapaces por sus manos callosas, llevaos las gavillas y trilladlas con vuestros piés ó las de vuestros caballos, como más os plazca. Mis muchachos se niegan á hacer tal trabajo para los que tan groseramente hablan. Tomad gavillas en vez de sacos.

Con la mayor calma contestó Berthario:

—Sin razón han menospreciado mis compañeros los usos de sus huéspedes. Pero tú, que eres hombre que has viajado, sabes cuán distintas son las costumbres en cada país de la tierra: en otras partes los servidores de un señor solamente cogen las gavillas de las trojes, cortan la paja y echan las espigas en la era, sobre la que cabalgaban conduciendo el trillo; y tienen por indigno de ellos echar mano al arado ó al látigo de apalea el grano. Por esto debes tener indulgencia con mis camaradas, si como á extranjeros extraña vuestra costumbre.

Pero Hildebrando contestó de mal talante:

—Quien come nuestro pan, debe acomodarse á

* Véanse los números 150, 151, 153, 154 y 156, páginas 16, 50, 109, 146 y 212.

nuestros usos; así, pues, coge las gavillas, que en adelante sólo estas recibireis.

Los Vándalos tuvieron que volver á las cuadras cargados con los haces, y Berthario, dominando su cólera, ordenó:

—Echad las gavillas en el tajo, y cortad hasta que salte el hierro.

A consecuencia de este suceso hubo algunas disputas entre los hombres, pero ambos partidos se esforzaban en ocultar á los amos sus rencillas. En los juegos guerreros habían en un principio mezcládose Vándalos y Thuringios, é imitado unos el modo de luchar de los otros, siguiendo el consejo de los Príncipes; pero ahora se separaron en las luchas y apuestas, tanto, que el Príncipe, que presenciaba las carreras, dijo un día á Theodulfo:

—¿Por qué permanecen los huéspedes léjos de nuestros caballos? Tendría gusto en ver quién merecía el premio.

Y Theodulfo contestó:

—Ellos son los que rehusan la lucha; al parecer, las mazas de los Thuringios resuenan muy duramente en sus escudos.

Dirigióse entónces Answaldo á Berthario, y díjole:

—Adelante, héroe; mezcla tus filas con las nuestras.

Y también el viejo respondió:

—Por amor á la paz, mantengo separados á mis muchachos; pues temo que en el ardor de la pelea un golpe en falso produzca disgustos.

Calló el Príncipe, y siguió contemplando los juegos de los dos bandos; y tuvo ocasion de apercibir las burlas y risas de los suyos cuando los Vándalos lanzaban sus mazas: todavía un atrevido mozuelo thuringio gritó en voz bastante alta:

—¡Mata-perros!

Y á su vez, los Vándalos, cuando los otros lanzaban sus piedras y saltaban, si alguno mostraba escasa habilidad, hacían extraños gestos y murmuraban una irónica palabra que aplicaban á los Thuringios por la predilección que éstos mostraban en sus comidas á las tortas de harina de trigo.

Cuando despues de los juegos comenzó la danza, pudo verse que las doncellas de la servidumbre sólo bailaban con sus paisanos, y si los extranjeros no encontraban muchachas de la aldea que quisieran bailar con ellos, debían quedarse mirando la diversion. Disgustó esto al Príncipe, y gritó á los Vándalos:

—¿Por qué desprecian mis huéspedes á las doncellas de mi casa?

Y de nuevo contestó Berthario:

—Las muchachas de tu casa se quejan de que nuestros saltos las descomponen los huesos.

Pero entónces avanzó la despierta Frida, inclinóse ante el anciano, y dijo:

—Poco me importa si alguno se enfada porque me coja á la mano de un extranjero; bien conozco á uno de la casa que ha amenazado á la doncella que se atreva á bailar con cualquiera de los huéspedes. Si te agrada, héroe Berthario, y no me estimas indigna de ello, condúceme á la danza.

Rió Berthario, y con él los señores; cogió el viejo la mano de la niña, saltó como un jóven, y con tal ánimo y destreza danzó, que fijó la atención de todos y mereció general aplauso.

Los extranjeros observaron claramente que la Princesa no les demostraba gran inclinación; rara vez dirigía la palabra á los más nobles, ni aún al héroe Berthario, á pesar de lo ilustre de su cuna. Pero también la Princesa creía tener motivos para estar quejosa, pues dos Vándalos, los hermanos Alebrando y Walbrando, habían cambiado palabras fuertes con dos doncellas de la Princesa, despues les había espiado en el crepúsculo, y contra su voluntad las habían besado y descompuesto sus vestidos. Sobre este asunto quejóse la Princesa á Ingo en la sala, y lamentóse amargamente de la grosería de sus hombres: Ingo, profundamente disgustado por las duras expresiones de la Princesa y por la sinrazón de los suyos, juzgó á los culpables en su propia habitación; y si bien se probó que había habido más ligereza que verdadero delito, afeóles su proceder con severas palabras, y para visible y ejemplar castigo, dióles el último puesto en la mesa.

Avergonzados recibieron los dos hermanos el castigo de su falta; pero de poco aprovechó aquel para que los extranjeros recobraran la gracia de la Princesa.

Un día que Ingo volvía más temprano que de costumbre de las habitaciones del Príncipe á las suyas, apercibió dentro del nuevo dormitorio el agudo chirrido de una muela, y admirado preguntó á Berthario:

—¿Vienen las muchachas á hacer la molienda en el dormitorio de los hombres?

Y el viejo contestó:

—Pues que lo preguntas, sábelo. No son ruines mujeres sino tus muchachos los que se ven obligados á tan vil trabajo, propio de siervas, si quieren comer su pan; las criadas se niegan á moler para nosotros, y la dueña de la casa las da la razón. Amarga es la tarea para los compañeros de un Rey; de buena gana te hubiéramos ocultado lo que cede en descrédito de tu huésped.

Ocultóse Ingo tras de un pilar, y cubrió el rostro con las manos.

Afuera, y alrededor de las techumbres, bramaba el viento del Norte y arrojaba sobre ellas una fría capa de nieve y granizo.

—Mal compañero aulla sobre estos tejados,— prosiguió Berthario,—y por ahora domina en los

campos y caminos y pudiera impedir á mi Rey toda expedicion fuera de estos muros. Sin embargo, yo te aconsejo que pienses en ello: escucha una cosa que el héroe Isanbart, mi antiguo compañero de armas, me confió en una visita que ayer secretamente le hice. El mercader romano Tertallas estuvo con sus acémilas en la tribu; venía del Oeste y se dirigía al castillo del Rey. Conoces al hombre que pasa entre los Alemanes por el más fiero espía del César; esta vez evitó la casa en que nos hospedamos, y eso que es el mejor mercado de la tribu; pero en todo el país se ha enterado de cuanto á tí y á nosotros concierne, y ha dicho por todas partes que el César te busca y que recompensaría pródigamente al que llevara tu cuerpo ó tu cabeza debajo de su bandera para desvirtuar el terrible presagio que despues de tu hazaña tienen los Romanos sobre su corazon. El mercader va á la corte de Bisino, y sus cajas deben guardar más regalos que mercancías, pues no se apresuraba á desatar los paquetes á la vista de los vecinos, como es costumbre en tales gentes. Esto ha puesto en cuidado al héroe Isanbart, y te aconseja que ménos que nunca confies en un mensaje del rey Bisino.

Ingo puso su mano sobre el hombro del leal anciano y dijo:

—Tú tambien, héroe, prefieres caer en el lazo que nos tienda el Rey á escuchar por más tiempo el ruido de esa piedra; con el que esa mujer rencorosa nos insulta. Y, sin embargo, hay algo aquí que me sujeta como una cadena de hierro. Yo pediré al Príncipe reparacion de esta injuria; pero no abandono el país hasta que sepa una cosa que con ansia espero.

A la mañana siguiente el Príncipe se desayunaba con sus gentes, sin compañía de ningun extranjero; abrióse la puerta del aposento y apareció Irmgarda sobre el umbral; tras de ella estaba Frida, cargada con un saco de harina.

—Perdona, señor, comenzó Irmgarda; pero te suplico que tu mano ayude á la de tu hija á dar vueltas á la piedra del molino.

Las jóvenes pusieron el saco á los piés del Príncipe; maravillado miróle este.

—¿Qué significa esto? ¿Ha de servir la harina para alguna ofrenda á los Dioses, pues que manos de doncellas libres han rodado la piedra?

—No como ofrenda,—contestó Irmgarda,—como expiacion de los deberes de la hospitalidad infringidos han molido este grano manos libres. Yo te suplico, señor, que, si te parece justo, envíes esta harina á tus huéspedes, pues he sabido que tus servidores les rehusan la harina para la sopa y el pan, y que los nobles extranjeros bajo tu mismo techo deben entregarse á la tarea propia de viles esclavas.

Hincháronse las venas en la frente del Príncipe, y levantándose con ímpetu, gritó:

—¿Quién me ha hecho tamaño agravio? Habla tú, Hildebrando, que á tu cuidado está el alimento de los huéspedes.

Hildebrando se inclinó atemorizado ante la cólera del Príncipe.

—Las inconveniencias de los Vándalos,—dijo,—hánles malquistado con las criadas; hacíalas llorar el penoso trabajo, y la señora pensó que eran fundadas sus quejas.

—¿Cómo has podido imponer á todos tan dura compensacion á la falta de unos pocos? A tu señor has deshonrado ante sus huéspedes, y has dado lugar á las habladurías del pueblo. Coge ahora mismo ese saco y llévalo á las habitaciones de los huéspedes, y te prevengo que tales disculpas les des que se muestren satisfechos. A las criadas díles que si les acontece volver á quejarse, han de hacerlo con más motivo.

—No merecen tu cólera las criadas, señor,—dijo Irmgarda;—siempre han sido obedientes, y soportarían trabajos más pesados; pero uno hay en tu corte que se propasa á dar órdenes á tu servidumbre, y ese es tu porta-espada Theodulfo; á muchos asusta su dura condicion, y tratan de captarse para ahora ó para más adelante su benevolencia; á las doncellas ha prohibido trabajar para los huéspedes y danzar con ellos. Nadie se ha atrevido á quejarse; pero yo soy tu hija, y no he de consentir que en la casa de mi padre un servidor amengüe nuestra honra.

Bien comprendió el Príncipe con cuánta razon hablaba su hija; pero afligióle á un tiempo que la doncella con tal menosprecio denostara al hombre á quien en secreto estaba prometida, y que ahora avergonzado ante ella estaba. Ganóle la cólera contra su hija como contra los demas, y gritó:

—No en vano has dado vueltas al molino; como dura piedra destrozan tus palabras la reputacion de tu pariente. No te reprocharé, sin embargo, el presente que haces á los huéspedes; acaso él solo pueda compensar el injusto agravio. Pero tú,—y se volvió con la mano amenazadora hácia Theodulfo,—no te olvides que miéntras yo viva soy el único amo de mi casa, para que yo no olvide la buena voluntad que te muestra la señora de ella. Si alguno se atreve á dirigir á los huéspedes palabras hostiles ó á molestarles pública ó secretamente, cuide que la casa y hasta su piel no le venga estrecha.

Despidió Answaldo á todos y quedóse á solas con su enojo. Al cabo pasó al aposento de la Princesa y dirigió á ésta coléricas expresiones, no en alabanza precisamente de su primo Theodulfo. Ruborizóse Gundrun, y comprendió que había ido demasiado léjos, que á su esposo inquietaban con razon

las habladurías á que daría lugar el suceso, y aprobando lo que este decía, habló así:

—Esto debe servir á los extranjeros de lección para respetar los deberes de la hospitalidad: mal hecho ha sido, y se evitará en adelante; no te ocupes más de ello. En cuanto al primo, ya sabes cuán fielmente nos sirve, y que por nosotros cruza su rostro una cicatriz.

Y cuando hubo logrado apaciguar un poco á su señor, prosiguió:

—¡Qué tranquilo aspecto hace pocas lunas el de esta casa y nuestras praderas; pero ahora desapareció la paz en el hogar, la union en el país, y nos amenaza el enojo del Rey! Hombre ilustre es tu huésped, pero la desgracia pisa sus huellas. Ahora me acuerdo de tu hija: suplica que renunciemos á su matrimonio con Theodulfo; contra la voluntad de los padres se levantan los deseos de la niña.

—¿Y qué tiene que ver Ingo con el descontento de la jovenzuela?—preguntó el Príncipe receloso.

Miróle Gundrun con sus grandes ojos.

—El que va á caballo no atiende á la yerba del suelo; fijate, señor, en su mirada y en sus mejillas siempre que habla con el extranjero.

—Nada me maravilla que la agrade,—repuso el Príncipe.

—¿Y si él pensara en un casamiento?

—¡Imposible!—gritó el Príncipe con forzada risa;—es un desterrado sin casa ni hogar.

—Al calor vive del hogar escondido entre los bosques.

—¿Cómo podría un extranjero abrigar proyecto tan insensato? Un hombre que no es de nuestra raza, ni tiene más derecho que los que le concedan los naturales de esta tierra... Sin necesidad, Gundrun, te tomas tales cuidados; sólo el pensarlo enciende mi ira...

—Si tal es tu sentido,—dijo la Princesa con dolorosa expresion,—no te regocijes del dia en que ese hombre pisó nuestra casa, ni del canto del festin, ni de los hombres vagabundos que viven entre nosotros abusando de la hospitalidad y mermando las haciendas de mi señor. Pues que el Rey lo reclama, déjale ir, ántes que él y sus hombres preparen á muchos de nosotros harta pesadumbre.

—¿Sabes más de lo que dices de su trato con mi hija?—preguntó el Príncipe colocándose delante de su esposa.

—Sólo lo que ve el que mira,—dijo la Princesa con prudencia.

—Con alegría y cordialidad le he recibido,—prosiguió Answaldo,—y no puedo despedirle como á un importuno. Derecho es del padre elegir esposo para la hija, y ésta no puede tomar marido sin el consentimiento de aquel; bien lo sabe Irmgarda, que no es insensata. Mantengo el juramento que he he-

cho á tus parientes; pero tú domina, si puedes, la arrogancia de tu sobrino, y cuida de que se haga más aceptable á nuestra hija de lo que hasta ahora ha logrado, no sea que el pesar de la doncella nos aflija en la próxima primavera al adornarla para la boda.

Desde esta mañana acometía á Answaldo el peor humor cada vez que tropezaba con los extranjeros; á duras penas conservaba la mesura, y encontraba motivo para disgustarse á cada palabra y gesto de su huésped; y hasta llegó á pensar de continuo que su estancia en la casa todo un invierno sería pesada carga. En estos dias de continuo descontento llegó Sintram, como mensajero de desgracias enviado por el Rey á la tribu y á su jefe. Quejábase el Rey del disimulado recibimiento del extranjero escuadron, y apremiaba con duras amenazas la entrega en sus manos. El Príncipe conocía que al huésped ó á él y á sus vasallos amenazaba inminente peligro. Incapaz de bajos sentimientos, recobró su dignidad, dirigióse á Ingo y dijole que con pretexto de una cacería quería invitar á secreta deliberacion á los principales de la tribu. Inclínose Ingo aprobando la decision del Príncipe, y dijo:

—El primer discurso corresponde al huésped; el segundo al hospedado.

Cabalgaron los mensajeros; tres dias despues los nobles y ancianos de la tribu se reunian otra vez en el hogar del Príncipe. Ya no era aquel agradable ambiente del estío en que el hombre parece dominar sin enojos sobre la tierra, sino duro temporal de invierno que trae las zozobras y tristezas. Y así, no con risueño aspecto como meses atrás, empezó el Príncipe:

—Un segundo mensaje con motivo de Ingo y su comitiva nos envía el Rey, y esta vez á todos vosotros habitantes del país y á mí, y ya no por el cantor Wolkmar, sino por el héroe Sintram. El Rey llama con insistencia á los extranjeros á su real castillo: si hemos de resistir su mandato, ó, pensando en nuestra salud, hacer segun su voluntad, es lo que he querido preguntaros.

Aquí se levantó Sintram y repitió la conminacion del Rey.

—Por la fuerza intenta apoderarse de los extranjeros si no se los enviamos,—dijo,—y ya sus soldados se regocijan con la expedicion á nuestros hogares. Tiempo hace advertí el peligro, y este es ahora inminente. Aunque hayamos jurado defender segun hospitalidad al extranjero, ya no es un hombre solo el que mora en nuestro país; toda una raza extranjera cabalga por nuestras calles, y la numerosa servidumbre es onerosa al pueblo.

Largo silencio siguió á estas palabras, hasta que por fin se oyó la voz de Isanbart.

—Como ya soy viejo, no me maravilla cuán fácil-

mente cambia el sentido de los hombres; ya antes de hoy he visto muchos huéspedes recibir al extranjero con alegría, pero despedirle con alegría mayor. Lo que debes decir, oh Príncipe, á todos tus compatriotas aquí reunidos es si el héroe extranjero ha quebrantado los deberes de la hospitalidad y atentado á tu honor, ó si su servidumbre ha cometido en el pueblo malas acciones.

Vacilando contestó Answaldo:

—No me quejo de que el huésped haya cometido desacato, por más que las costumbres de esas gentes sean para nosotros molestas y se acomoden más á las de la tierra.

Inclinóse en señal de aprobacion la blanca cabeza de Isanbart, que respondió:

—Lo mismo aprendimos tu padre y yo cuando fuimos huéspedes de los Vándalos; tambien á estos, segun recuerdo, parecimos descontentadizos y extraños á sus usos. Pero nuestros huéspedes reíanse amistosamente de ello; apaciguaban las diferencias de los hombres, cuando estallaban; siempre nos invitaron á diferir la partida, y, por último, nos colmaron de espléndidos regalos cuando cabalgamos hácia nuestro país. Y así, yo creo que al amo de casa conviene la prevision ántes de recibir al huésped, pero sólo la condescendencia miéntras viva á su abrigo.

Levantóse Rothario, el de encendidas mejillas, y exclamó:

—Una ley es comun á todos los pueblos de la tierra, segun yo entiendo: la servidumbre pertenece al señor. Quien recibe al amo, no puede rehusar la hospitalidad á los servidores, miéntras estos no se hagan con sus delitos indignos de ella. Bien comprendo, oh Príncipe, que tal es el número de guerreros en este caso que ellos y sus caballos son pesada carga áun para casa como la tuya. Tú mismo exigiste este exclusivo honor cuando llegaron; si se hubiesen repartido segun su linaje y calidad en las casas de los nobles y labradores, no hubieran sido molestos para ninguno, y hubiesen entretenido las largas veladas del invierno contando junto al fuego las aventuras de luengas tierras.

Enojado repuso el Príncipe:

—No he pedido consejo sobre si los huéspedes han de tener en mi casa albergue ó en las de otros; se trata sólo del mandato del Rey, que con dureza nos apremia.

Dirigióse entónces á él el labrador Bero, y dijo:

—Otra cosa nos apremia más, señor, que los veintidos extranjeros: el Rey busca un pretexto para cobrar el diezmo de nuestros ganados y de las gavillas de nuestros terrenos, cuando nosotros sabemos que áun sin tal gabela, ganados y gavillas son escasos para nuestras necesidades. Cada aldea rebose en arrogante juventud que pide suelo para

nuevas granjas, terrenos laborables, pastos y bosques. ¿Quién podrá darlo cuando todo está repartido y acotado? Quéjense los pastores de que los rebaños son excesivos para el terreno que los alimenta, que son escasas las castañas y bellotas, y que los señores y comunidades se oponen á que los bosques se roten. Por eso muchos creen llegada la oportunidad de que nuestro pueblo mande colonias más allá de la marca del país, como en tiempo de los padres y de los abuelos, y en las aldeas preguntamos: ¿dónde sobre la faz de la tierra hay un rincón desocupado para nuestros emigrantes? Por esto el descontento reina en el pueblo, y nuestros jóvenes seguirían con gusto á cualquiera que les ofreciera un suelo libre, aunque ese fuera el Rey. Digo esto sólo para recordar cuán peligrosa es la cadena de los poderosos cuando pueden poner de su parte las necesidades de un pueblo; pues por mi parte de ningun modo aconsejo que entreguemos los huéspedes al Rey; si quiere tomárnoslos á la fuerza, que haga la prueba. En cólera me enciende pensar que los soldados del Rey llevarán ante sí mis ganados é incendiarán mis mieses, pero á nadie permito desposeerme de mis derechos, y todós nos acusarían de injusticia, si ahora despidiéramos á los extranjeros entre remolinos de nieve; y prefiero sucumbir con todo lo que es mio, á romper el juramento que les hice por temor á la cólera del Rey.

Impetuoso se levantó Rothario, y estrechando la mano del labrador, gritó:

—Así habla un vecino honrado; atended á sus palabras.

Con insinuante gesto habló entónces Albuino.

—Nada tengo que oponer á lo que ha dicho el hombre libre. Aconsejo que sostengamos nuestro juramento y sus consecuencias por penosas que sean, miéntras así lo reclamen nuestros huéspedes y demanden nuestra proteccion. Sólo si ellos quisieran marchar, debemos darles presentes de despedida y salvaguardia tal, que incólumes puedan ir á donde su voluntad apetezca. Al Rey no debemos entregarlos jamás sin su propio asentimiento.

La mayor parte de la asamblea, entre otros el Príncipe y Sintram parecieron aprobar tal opinion; pero Rothario gritó colérico:

—Haceis como el zorro con la labradora, cuando la decía: «Te agradecería mucho la gallina, pero no te la exijo.»

Y añadió Isanbart:

—¿Cómo podreis descargar sobre el ánimo de vuestros huéspedes deberes que á vosotros y á vuestros hijos nada más atañen? ¿Quién alabará al huésped que apela á la magnanimidad del hospedado?

Así discutian unos con otros los montañeses, y divididas aparecian las opiniones.

Sonó en esto en el patio la llamada de caza que

con fuerza soplaba Hildebrando en el desmesurado cuerno, y fueron reuniéndose los cazadores. Los Thuringios se presentaban con flechas y arcos, y los sabuesos en trailla; los Vándalos armados de gruesos venablos y de sus famosas mazas, pero sin perros. Hildebrando repartió en dos bandos la gente: en uno los hombres de Answaldo, en el otro los extranjeros, y las gentes de la aldea divididas entre ambos. Los cazadores recitaron en voz baja la oración consagrada, y después dijo Berthario al jefe de los monteros que se le había asignado:

—Poco alcanzarán tus camaradas sobre los resbaladizos senderos, desprovistos de perros; pero tú que conoces el cazadero, cuida al ménos que mi bando no pise en balde la nieve, que el más rápido pié no alcanzará la pieza si ésta no anda por donde él va. Más de una vez nos has encontrado extraviados sin poder dar con los vados de los riachuelos; procura que hoy no nos avergoncemos ante tus paisanos.

Interpúsose Hildebrando y dijo:

—Cuando no hay suerte ni habilidad, se echa la culpa á los ojeadores; sin razón haces advertencias, pues he repartido con buena intención.

Volvió á sonar el cuerno, los perros sacudieron sus correas, los cazadores rompieron alegremente la marcha, y saludaron á las mujeres, que desde la puerta contemplaban la partida. Cuando los Vándalos desfilaron delante de Irmgarda, prorumpieron en alegres y entusiastas aclamaciones, é inclinaron ante ella sus armas y sus rodillas. Ingo entonces acercóse también á ella.

—¿Tú solo, héroe, no escuchas el canto de caza?— preguntó la doncella.

—Otros hay que quedan en casa,—contestó señalando la sala del consejo.

—No desesperes de su lealtad.

Y añadió suplicante:

—Cuando estás al lado de los tuyos no temo que estalle la discordia entre ellos y nuestras gentes.

De este modo la mujer que él amaba le empujó á la cacería que tan amargas consecuencias tuvo para muchos.

Ingo se aprestó con rapidez y corrió tras de los suyos, que alcanzó antes de separarse los dos bandos, y que le recibieron con aclamaciones, así como las gentes de la aldea: contentos llegaron todos á pisar el bosque. Hildebrando señaló los senderos, y conducidos por los guías, desaparecieron uno tras otro ambos bandos en las revueltas de la cañada entre los corpulentos árboles. Pronto resonó á lo lejos el batir de los ojeadores en el espeso matorral, el ladrido de los perros y de cuando en cuando una alegre tocata de caza. Esta vez tuvieron mejor suerte los Vándalos; pronto dieron con un rebaño abundante de soberbios toros, del que ya se tenía noticias en la aldea, y lograron empujarlo de las alturas

á una profunda cañada donde la nieve espesa era poderoso obstáculo á la velocidad de sus pesados cuerpos. Cercados los animales y atacados de alto á bajo, aturcidos por la salvaje gritería de los cazadores, y heridos por las flechas y gruesos venablos, sucumbieron todos; sólo el que parecía jefe de la banda, un toro de extraordinaria corpulencia, encontró paso por asperísimo paraje. Siguióle Ingo, arrojó su pesado hierro, y un torrente de sangre brotó del cuerpo de la fiera.

—¡Herido!—gritó Ingo.

Y contestaron las alegres aclamaciones de su gente.

Pero al salvaje huésped del bosque quedáronle aún los bríos para subir hasta la espesura, y á grandes saltos hubo de seguirle Ingo, desarmado de venablo y blandiendo tan sólo su cuchillo. Salió de nuevo el animal al raso, arrastrando el venablo, y entró en otra cañada; y mientras Ingo lo costeaba por la altura para mantenerse en terreno despejado de nieve, escuchó en la profundidad ladridos, gritos de cazadores y toques de cuerno; bajó al barranco, encontró al toro tendido, el venablo de Theodulfo en su cuerpo, y éste en pié sobre la fiera soplando en su cuerno las notas de victoria.

—¡Mio es el animal, según las leyes de la caza!—gritó Ingo avalanzándose al cuerpo del vencido;—mi venablo le ha dado el golpe mortal.

Los dos hombres pisaban el disputado botín, y el odio centelleaba en cada pupila.

—Mia es el arma, y mio el toro,—contestó Theodulfo.

Entonces Ingo arrancó el venablo de la herida y lanzólo con tal fuerza, que fué á enredarse en las ramas de un pino. Los dientes del Thuringio rechinaron de rabia; por un momento pareció decidido á arrojarle sobre Ingo; pero el orgullo que apareció en el rostro de éste turbó de tal modo sus ideas, que, echándose atrás, azuzó su jauría contra el Vándalo. Aullando se lanzaron los irritados animales sobre el héroe; en vano Hildebrando gritaba: «atrás, atrás;» Ingo abatió con su cuchillo al más encarnizado; y los Vándalos, que habían volado en auxilio de su Rey, dieron pronto buena cuenta de los demas.

—Acabóse la caza,—dijo Berthario con imperiosa voz:—otra comienza ahora, y no ha de ver la nueva luz del sol el infame que ha azuzado los perros contra nuestro Rey. Hoy hemos sido matadores de perros, como tú nos llamas, y el último perro que hemos de matar serás tú.

Levantó su maza, pero con férreo puño detuvo Ingo el brazo.

—Nadie le toque; ese hombre pertenece á mi espada. Tú, Hildebrando, nombra los jueces para que á la vista de la huella sangrienta y sobre el animal herido, decidan la cuestión de caza.

Cada bando eligió un hombre, y los elegidos un tercero; los tres jueces examinaron las heridas, siguieron las huellas del animal hasta el sitio en que le había alcanzado el hierro de Ingo; volvieron, y después de convencidos, pronunciaron esta sentencia:

—La pieza corresponde al héroe Ingo.

Una orgullosa sonrisa iluminó el rostro del Rey, que inmediatamente volvió la espalda á la disputada presa.

De mal talante dijo ahora Hildebrando:

—Creo prudente que volvamos á casa separados; si os agrada, señor, tomad la delantera.

Pero Berthario contestó:

—Vosotros podéis ir más ligeros, pues mis camaradas á duras penas podrán arrastrar el botín. Esto no quiere decir que renunciemos á la cacería, pues de esta ha de hablarse mucho tiempo en esta tierra.

Silenciosos rompieron la marcha los hombres de Answaldo; sólo Theodulfo hablaba con su habitual altanería, como si quisiera ahogar en palabras el despecho que le atormentaba: sin toques de caza penetraron en el castillo, é Hildebrando corrió inmediatamente al lado del Príncipe.

Ya era noche oscura cuando llegó el bando victorioso.

—Soplad,—gritó Berthario,—el toque de triunfo que corresponde á tan magnífica caza.

Resonó la alegre tocata, pero nadie vino á abrir las puertas de la fortaleza, y Wolf tuvo que saltar el parapeto y quitar la barra. Los Vándalos depusieron el rico botín delante de la habitación del Príncipe, despidiéronse cortésmente de sus compañeros Thuringios, y se retiraron silenciosos á su albergue.

La vasta fortaleza quedó sombría, y sólo el viento frío del invierno bramaba al estrellarse en las techumbres; pero en cada habitación podía percibirse el murmullo de conversaciones mantenidas en voz baja.

GUSTAVO FREYTAG.

Trad. de la sexta edición alemana,
por GENARO ALAS.

(Continuará.)

EL COPO DE NIEVE,

NOVELA DE COSTUMBRES DE ÁNGELA GRASSI.

(Estudio crítico.)

El rosal ¿qué puede dar sino rosas de fragante aroma y bello color?

El ruiseñor ¿qué puede hacer sino llevar al alma las delicias que inspiran sus suaves y melodiosos cánticos que ningun músico podría copiar?

El sol ¿qué ha de hacer sino prestar al universo los tesoros de su luz y su calor, iluminándolo todo, embelleciéndolo, dando vida y color, movimiento y perfumes á las flores y á las aves, á las aguas y al ambiente, llevando doquiera la alegría y la felicidad, el bienestar y el gozo más puro y más tranquilo?

Ángela Grassi ¿qué ha de hacer sino darnos un pedazo de su alma envuelto en magnífico ropaje; su pensamiento, desleído en poéticas y armoniosas frases; su corazón, vestido con el blanco cendal de la más ferviente caridad, del más adorable ingenio, de la moral más agradablemente seductora?

Como el rosal, ella nos brinda los frutos privilegiados de su talento; llenos de ese perfume que encanta al alma y la embriaga, y adornados de mágicos colores.

Como el ruiseñor, adormece blandamente nuestros sentidos, manteniendo fresca y despierta la imaginación, gozosa al saborear sus conceptos sublimes.

Como el sol, que todo lo ilumina, lleva á nuestra mente la luz de la razón y de la experiencia, el calor de la virtud y de la caridad, la noción del bien y el ejemplo moral.

Flor, ave y astro luciente, sabe apoderarse completamente de todo nuestro ser, infiltrarse, comunicarse, hacerse sentir y comprender, querer y admirar, porque posee con el genio que se impone á la preocupación más arraigada, el encanto que cautiva y seduce, la armonía que halaga, la mano que ayuda y sostiene, la voz que consuela y anima.

Es condición de su alma y no puede sustraerse á ella. Necesita depositar en alguno el tesoro de sus sentimientos, la poesía que brota de su mente privilegiada, y busca la manera más cómoda y fácil de ponerse en relación con aquellos á quienes destina los frutos de su talento, las expansiones de su corazón. Fía sus pensamientos á la pluma, y la pluma, fiel intérprete y sumisa servidora, va vertiendo y vertiendo palabras, frases, períodos, conceptos; las líneas se agrupan, las páginas se suceden, los capítulos se persiguen... luego gime la prensa, y el mundo admira y aplaude un nuevo libro.

Y ese mundo acoge siempre el libro con entusiasmo, con amor; porque lo esperaba; porque sabe que en él va á encontrar algo que le pertenece exclusivamente, algo que le toca de cerca; porque está seguro de encontrar en él el sabroso entretenimiento de la mente, las suaves delicias del corazón; porque él va á despertar sus recuerdos y á avivar sus esperanzas; porque representa para él unas cuantas horas de grato solaz en que su pensamiento va á comunicarse con el de la autora; y porque sabe todo esto, lo desea, lo acoge gozándose de antemano con el placer que se promete, con las delicias que adivina.

¿Qué tienen, pues, los libros que *Ángela Grassi* nos envía de tarde en tarde como destellos de su claro talento y sensible corazón?

¿Qué contienen sus páginas que ávidos devoran millares de lectores y sobre todo de lectoras?

Esto es lo que vamos á decir, esto es lo que mejor que nosotros dirá el libro *El copo de nieve* cuyo análisis vamos á hacer, ya que basta una pincelada para conocer á un pintor.

Ante todo, debemos dedicar cuatro palabras á la autora, sin perjuicio de ocuparnos de ella al fin de este trabajo, cuando sea preciso agitar las disciplinas que con placer vemos será en pocas ocasiones, y á decir algo de su genio revelado en sus obras, de su carácter en ellas retratado, de su estilo que todo lo permite adivinar, ahorrando relaciones enojosas, de su forma siempre variada y elegante, y su lenguaje siempre puro y castizo y ajustado á las inflexibles leyes de la moral más severa.

Una inteligencia clara y serena que no han turbado ni el soplo del escepticismo ni el humo de la vanidad y del orgullo; un corazón apasionado y vehemente que necesita traducir sus sentimientos, y una voluntad activa y eficaz, son las dotes principales de la mujer que vamos perfilando. Con estos caracteres, *Ángela Grassi* concibe admirablemente y sus concepciones no son vanos alardes de una imaginación fantástica y fecunda, pero descarriada; á todas ellas preside un pensamiento, el bien moral; una idea, la magnificación de ese bien, de la virtud, de Dios, del alma; como tales, jamás llevan á la mente las fatigosas elucubraciones de episodios inverosímiles que se suceden, se agolpan con novedad, pero sin precisión, con belleza pero sin claridad; no, las obras de esta poetisa son un antídoto al veneno que cada día propinan á la juventud inexperta hombres más atentos á la idea del lucro que á la de la moral; son un refresco calmante á las sofocantes obras de los novelistas modernos, que con tal de despertar y mantener el interés, destilan en corazones inocentes la hiel amarga de fingidas decepciones, la ponzoña del más absurdo escepticismo.

Y siempre la idea del bien ha guiado la pluma de la inspirada autora de *Las riquezas del alma*, y siempre ha solido presentar la virtud amable, el vicio odioso, dando el espectáculo de una felicidad que la práctica del bien hace durable y tranquila, el ejemplo de las virtudes cristianas hechas amables por la paz que al alma proporcionan, el premio y el castigo, la recompensa y los remordimientos.

Pero no basta querer hacer una cosa, y ménos cuando tras ella, cuando tras de su cumplida realización se comprende la de otra más importante, más trascendental; en una palabra, no sirve declarar, es preciso hacerlo de manera que la declaración

no sea inútil: el exabrupto filosófico, la homilía, la filípica cuando no interesan, disgustan; y menester se hace embellecer la lección ataviándola con los encantos de la acción, de la vida, del movimiento; porque lo abstracto no posee las calidades de aplicación y patentidad que lo concreto; porque lo visto conmueve más que lo contado, y lo comprendido más que lo explicado.

El copo de nieve es una relación apasionada. Aparecen en ella caracteres y tipos tan reales como bellos, y otros, si no tan verdaderos, diestramente pintados. En cada uno retrátase un vicio social, una enfermedad del alma, ó una virtud á toda prueba. El interés comienza al principio del libro para no decaer en el curso de todo él. Se deja de las manos con sentimiento, pero con satisfacción; y esta es causa poderosísima de que la moral que encierra sea más fructuosa, de que el ejemplo se grave en la mente con más indelebles caracteres, yendo derecho al corazón, que toma parte en las peripecias de los personajes de la fábula, y sustituyéndose con ellos, reciba sus impresiones y saque de sus hechos y situaciones provechosa enseñanza, saludable horror al vicio y ardiente inclinación á lo bueno, á lo bello, á lo verdadero, á todo lo justo, á todo lo amable.

Clotilde es un sér, demasiado común por desgracia, que, con exceso impresionable y de imaginación voladora, posee un corazón puro y una inteligencia que la falta de dirección y de consejo han extraviado. Con las mejores calidades hace desgraciados á cuantos le rodean, y las tinieblas de su entendimiento, impidiéndola conocer la verdad, la sumen en el error, consecuencia de lo cual es que su corazón se vicia dando entrada á pasiones y sentimientos á que nunca debió dar cabida; y los celos, la envidia y la malevolencia, la deslealtad, la mentira y otras malas pasiones y defectos se apoderan de su alma y la hacen infeliz.

¡Terribles efectos de una lectura perversa! ¡Funesta predisposición de la mente á creer todo lo que halaga su orgullo y excita su vanidad; primero la soberbia; luego la rebeldía contra el yugo más dulce y verdadero; después la falta, el pecado; más tarde el arrepentimiento, y por último la desventura, que trae con sus amarguras el reconocimiento de la verdad, las lágrimas y el goce más puro, que la desgracia es á veces un bien para el que llora sus yerros, que le separaron del camino de la virtud!

Clotilde era buena, pero tenía ambición. Debíó ver esta colmada casándose con Guillermo que la amaba; pero con su afán de obtener una felicidad que los malos libros la habían hecho crearse y figurarse, estuvo á punto de consumir con su eterna desdicha, la desdicha de todos los que la querían.

Su corazón era bueno y la salvó cuando aún era tiempo; pero ¿cuántas amarguras no tuvo antes que devorar? ¿qué inquietudes y recelos no produjo con su conducta extraviada? ¿á qué males no pudo dar lugar su funesta preocupacion? Ejemplo es el de Clotilde que deben grabar en su pensamiento todas las jóvenes del día, ya que las corrientes revolucionarias llevan las turbulentas olas de sus disolventes doctrinas hasta los sitios más recónditos, allí donde nunca se sospechó su existencia, al más humilde hogar de la aldea más miserable.

Guillermo, el esposo de Clotilde, tomando á esta por esposa á pesar de su pobreza y orfandad, y tal vez por esto mismo, rodeándola de todo cuanto puede hacerla agradable la vida, obsequiándola solícito; siendo su padre y su hermano; llorando sus extravíos, cuando estos se dan á conocer; procurando corregirla sin irritarse ni reconvenirla, sin herir su susceptibilidad con palabras ni con obras; siendo el mejor de los esposos y el más rendido y firme de los amantes, es el modelo de esos hombres que, nacidos para el bien, tienen un corazón bondadoso y caritativo que disculpan y perdonan los yerros de sus semejantes y procuran remediarlos; que no quieren creer en los vicios y defectos de las personas queridas hasta que los ven; que suponen con la mayor buena fe que las virtudes que sin alarde ellos practican son patrimonio de todos; y con el contraste de su recta y clara inteligencia y la errada de Clotilde sabe presentar *Angela Grassi* un cuadro de notables proporciones en que nada falta para la armonía del conjunto, ni la exactitud en los detalles, ni lo bello del fondo, ni la majestad de las figuras, ni lo grandiosamente moral del pensamiento, ni lo acertado del fin, lo conveniente del desenlace, el remate más verosímil y agradablemente oportuno.

Pero el carácter más bellamente sublime, aquel en el que *Angela Grassi* ha puesto todo su empeño, aquel para el que ha agotado los más vivos y deliciosos colores de su paleta... es el de Juana. El alma entera de la autora se ha trasladado á aquella grandiosísima figura, tan elevada por su carácter moral que á su lado palidecen las de las más bellas creaciones. Es necesario que *Angela Grassi* haya puesto empeño, en un momento de esfuerzo psicológico en retratar su alma; era inevitable que así le sucediera para hacer posible tanto encanto, tanta abnegacion, tanta belleza, tanta sublimidad. Y no hay exageracion en todos estos calificativos: los más heroicos personajes de la antigüedad, las más bellas creaciones de los novelistas parecerán pálidas ante el carácter de Juana, que representa la suma belleza moral.

Si en la tierra no hay posibilidad de que exista la perfeccion moral, el carácter que *Angela Gras-*

si ha dado vida es falso; pero si á la inteligencia humana hubiese dado Dios el privilegio de crearla, me atrevería á sostener que ninguno hasta ahora la ha personificado, y que *Angela Grassi* ha conseguido lo que jamás ha podido soñar el ingenio más peregrino.

Quiero hallar *El copo de nieve* plagado de defectos; inverosímil en el viaje á Avila en pocas horas; desacertado al complicar acciones que vienen á robar interés á la principal; precipitado, ligero, incompleto su final, que no resuelve ciertas cosas con la fortuna que debiera; falsa, falsísima la pintura de algunos personajes que no existen de tal corrupcion moral; todo esto y algo más que me dejo, porque no tengo necesidad de ser severo con los defectos, quiero hallar en *El copo de nieve* para compensar ¿qué compensar, si esto es imposible? para no exagerar el mérito de la última obra de mi cariñosa amiga.

No me ciega el que *Angela Grassi* sea mi buena amiga y perteneciente al bello sexo; yo, que soy galante y agradecido, sé cumplir mis deberes de crítico, censurando, si bien con bondad y cariño, los defectos de las obras de mis amigos. No creo que me halle alucinado al asentar aquí, despues de maduro exámen, que *El copo de nieve* es una de las novelas más morales que conozco, que está destinada á ejercer muy saludable influencia en el bello sexo, y que Juana es un carácter tan bello, que ningun escritor español ha igualado á *Angela Grassi* en este concepto.

Es verdaderamente admirable lo que sucede con *Angela Grassi*: ella no se ha afiliado á ninguna escuela literaria; siempre se ha mostrado ajena á las luchas y aspiraciones políticas; y quizá por esto vive más olvidada de lo que merece, pero no por esto ménos feliz y dichosa. Su vida está consagrada á hacer el bien, y á destruir las malélicas influencias de los que con más talento que ella, si se quiere, no han tenido su bellissimo sentido moral. Bajo este punto de vista, no hay por qué callarlo, es la más bienhechora de las escritoras de España, sin que sus obras hayan revestido la altanería de los genios prepotentes, ni la filantropía de las medianías entrometidas.

La Real Academia Española pudo hacer mencion especial y premiar *Las riquezas del alma* de *Angela Grassi*; pero no debió contentarse con esta obra, y no se contentó. Si en la actualidad reconoce lo necesario que es moralizar la sociedad; si aprecia más esa emanacion purísima de los nobles caracteres que crean la belleza moral sin los arrebatos de la belleza diabólica, que las calenturientas creaciones de los genios que envuelven la corrupcion en los más engañosos elementos, no debe vacilar en dar público testimonio de su aprecio á la mo-

destísima escritora que ha sabido llevar el consuelo á muchas almas desgraciadas y á punto de caer en el precipicio del crimen ó del pecado, interesándolas y halagándolas con muy tiernas, muy poéticas y muy delicadas situaciones.

Yo deseo llamar la atención de los críticos que no han parado mientes en *El copo de nieve*, para que lo examinen y manifiesten si en la novela española hay alguna creación más perfecta que Juana. Yo deseo llamar la atención de la Real Academia Española, por lo mismo que tan apegada se halla á sus tradiciones, para que reconozca esta obra, que es la más bella de todas las novelas morales y la más necesaria dentro del hogar doméstico.

Esos críticos que han hecho profesión pública de su imparcialidad y amor á lo bello, y que en el santuario de su conciencia son los primeros en aplaudir y reconocer la necesidad de las obras morales; Valera, Revilla, García Cadena, Cortázar, Escosura, Pacheco, Alas y tantos otros, ¿han podido leer esta obra y dejarla pasar sin admirarse, pero admirarse grandemente, de tanta belleza moral?

Esa Academia, vetusta y rancia para algunos, pero á la que ni aún sus más apasionados enemigos podrán negar su competencia, su mérito, su buen deseo, porque en ella se albergan nuestros más sabios varones, las gloriosas tradiciones literarias y el atemorizado espíritu de la más sana moral cristiana, sin mezcla alguna de conquistas modernas que al espíritu se refieren, y que para ella son aparentes; esa Academia, repetimos, no debe confiar sólo en que acudan á sus certámenes para repartir sus galardones y ejecutorias de mérito; debe acudir solicita en busca del bien para otorgar la gracia al que tenga la dicha de haberlo hecho dentro de lo que es objeto de su instituto.

Tengo por la dicha mayor que una mujer puede alcanzar el haber creado á Juana y parecerse á ella.

¿Qué dicha deberá sentir *Angela Grassi*, si después de haber creado la perfección moral, hubiera sido el modelo de tan bellísima creación.

FERMIN HERRAN.

BOLETIN DE LAS ASOCIACIONES CIENTÍFICAS.

Ateneo de Madrid.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VILANOVA.

GEOLOGÍA AGRÍCOLA.

IX.

En la clasificación adoptada siguen las tierras calizas á las anteriormente explicadas, y de ellas vamos á ocuparnos someramente en esta conferencia.

Llámanse calizas estas tierras por ser el carbonato de cal uno de los elementos dominantes, lo

cual se revela por los caracteres y señales exteriores que voy á indicar. En Andalucía conócense estas tierras con los nombres de Albariza y Alberos, palabras que dan á entender bien claramente que el color blanco es lo que á primera vista las distingue: en Valencia tradúcese al lemosin esta denominación en Albaris y también en llacorella, y tap ó tapar como sucede en territorio de Albaida y todo su valle, Mogente, Enguera y otros puntos.

Los matices de estos suelos son el blanco puro, blanco gris, amarillento, y á veces el ligeramente azulado, cuando predomina la marga azul del terreno terciario medio, en dichas comarcas muy abundante. La estructura es, por lo común, térrea, más ó ménos fina segun el tamaño de los granos del elemento calizo; el aspecto es mate: introduciendo un puñado de esta tierra en agua, despide muchas burbujas de aire que producen cierto ruido particular, el cual cesa en cuanto se ha empapado por completo, en cuyo caso enturbia el líquido, que se hace como lechoso.

Esta tierra es esponjosa y absorbente, razón por la cual es fresca, sin agrietarse con el calor ni apelmazarse con la humedad, como sucede con las tierras arcillosas; circunstancias todas que le aseguran en determinadas comarcas una verdadera superioridad para plantíos de vides, como lo confirman los viñedos de Jerez, Sanlúcar y Trebujena, todos ellos en colinas de albariza.

Además de todo esto, la poca adherencia y mucha frialdad, y la viva efervescencia que dan tratadas con los ácidos, distinguen perfectamente estos suelos de todos los restantes.

Estas tierras consumen con presteza los abonos orgánicos por la causticidad de la cal, circunstancia que les comunica el carácter ardiente que las distingue también. El cultivo de estos suelos requiere en consecuencia la renovación frecuente de los estiércoles y demás abonos de origen orgánico.

La planta que mejor se da en estas tierras es, segun queda ya indicado, la vid, como lo comprueban los exquisitos vinos andaluces ya mencionados, el fondellol de Alicante, el famoso Carló que se obtiene, no sólo en Benicarló, de donde procede su nombre, sino también en Alcalá de Chivert, la Magdalena de Pulpis y Torreblanca: los vinos del valle de Albaida, abundantes y muy ricos en alcohol, proceden de tierras albarizas, así como los de Mogente, Enguera, Requena y llano de Cuarte. En Francia debe citarse la célebre región vinícola de la Champagne, donde las tierras proceden de la descomposición de los materiales del terreno cretáceo y parte de los del terciario.

Entre los árboles se dan bien entre nosotros el algarrobo y el olivo, y los bosques de encinas, pinos y nogales, y en los altos la sabina y el boj, como se nota en el Maestrazgo de Montesa, en Cataluña y en otras varias comarcas de la Península. Como plantas de prado, se cria bien en estos suelos el piperigallo.

El ilustre Saussure hizo notar ya en su tiempo la diferencia que existe entre los suelos calizos y los graníticos, no sólo en la vegetación, sino hasta en los animales que de dichas plantas se nutren, los cuales son más robustos y de mejores productos, al ménos en los Alpes, cuando se alimentan de plantas procedentes de tierras calizas.

Estas tierras ofrecen pocas variedades:

La primera se llama arenoso-caliza, por ofrecer

dicho estado el elemento suyo característico: esta circunstancia las asemeja en parte á los suelos arenoso-silíceos, pero la efervescencia que producen los ácidos y las demás calidades indicadas las distinguen bien.

La segunda variedad es la de las tierras cretosas, á las que convienen la mayor parte de los caracteres del grupo resultado de la alteracion de la creta y de las rocas calizas del terreno terciario. En ellas se dan bien los cereales, sobre todo si con la creta va algun elemento silíceo, como se observa en las provincias de Castellon y en la limitofe de Teruel, en cuyos campos de Cella, Calamocha y véga del rio Blanco se recoge mucho y rico grano, y tambien excelentes frutas y vino.

Representa la tercera variedad la llamada tierra de toba caliza ó de travertino, resultado de la descomposicion y reconstruccion de las rocas calizas; tierras por lo comun poco feraces por la homogeneidad de su composicion, y porque su propia estructura no permite la fácil penetracion del agua, ni la absorcion de la atmósfera y demás gases tan necesarios para la vegetacion. Si por ventura se agrega á estos materiales puramente calizos algo de arena silícea y de arcilla de los terrenos próximos, se convierten en suelos bastante buenos.

Las tierras margosas representan la cuarta variedad de las tierras calizas, las cuales ofrecen una mezcla de los elementos constitutivos de estas y de los suelos arcillosos, por regla general ventajosa, sobre todo si se equilibran sus componentes,—la caliza y la arcilla. En este grupo de tierras se crian las vides de la mayor parte del antiguo reino de Valencia y los cereales, el algarrobo, el olivo y los excelentes frutales de aquella rica y vasta comarca.

La marga, sin embargo, puede asegurarse que más bien representa un excelente mejoramiento, como oportunamente veremos, que buenas tierras.

Las tierras llamadas magnésicas son aquellas en las que la magnesia adquiere cierto predominio. Esta sustancia se encuentra generalmente en estado de carbonato, silicato ó fosfato, y las cualidades que imprime al suelo son bastante análogas á las de la caliza. Son tierras frescas y esponjosas, absorbentes y no perjudiciales á las plantas, como equivocadamente se ha creído por algunos, efecto de incompletas observaciones: cítanse, por el contrario, tierras muy fértiles que contienen notables cantidades de magnesia. Cuando esta penetra por las raíces, generalmente se encuentra en estado de carbonato y fosfato disuelto en agua saturada, digámoslo así, de carbonato de amoniaco.

En la Península, estas tierras resultan de la descomposicion de las calizas dolomíticas (carbonato de cal y de magnesia) del terreno triásico y de las que se formaron cuando ocurrieron las erupciones diosíticas y de serpentina, tan abundantes en Serranía de Ronda, en Granada, Valencia, Castellon, Teruel y en todos aquellos puntos en que predominan las mencionadas rocas.

La magnesia aparece en cantidades respetables en las cereales y leguminosas (15 por 100 en el trigo, 17 por 100 en el maíz, 11 por 100 en las judías, etc.), notándose un hecho muy curioso, á saber, que en el grano su proporcion es mayor que la de cal, al paso que es inversa en la paja ó en el tallo de las mismas plantas.

La quinta y última clase de la division admitida es la de las tierras humíferas, que son aquellas en que el mantillo adquiere cierto predominio, co-

municándole propiedades y caracteres distintivos.

Generalmente hablando, estas tierras ocupan la desembocadura de los grandes rios, como se observa en el alfaque del Ebro, en las marismas y tierras pantanosas del Gualdaquivir, del litoral de Valencia y Castellon, en el fondo de algunos valles, y á veces tambien en altas mesetas, en las estepas y parameras, allí donde por un conjunto de circunstancias topográficas y climatéricas se forman la turba ó depósitos análogos que dan abundantes restos vegetales por la descomposicion.

Segun la naturaleza de estos despojos, solubles unas veces y neutros, ácidos é insolubles otras, originanse dos variedades dentro de esta clase, á saber, los suelos humíferos por excelencia ó en que predomina el mantillo, suelos de turba y de brezo, á las cuales hay que agregar las tierras salobres de muchas costas.

En algunos puntos, el mantillo data del comienzo del período cuaternario llevado por las aguas diluviales, siendo tal su abundancia y tan excelentes las condiciones que comunica al suelo, que de tiempo inmemorial rinden abundantes cosechas sin necesidad de nuevos abonos. Tal es lo que se advierte en la tierra llamada algodenera en la meseta del Decan, en la tierra negra triguera llamada Tzornioizen en Rusia y en las pampas de Buenos-Aires.

Por regla general, estas tierras son más á propósito para plantas textiles, tales como lino, cáñamo y algodón, y para plantas forrajeras, por el excesivo desarrollo que adquiere el tallo y las hojas á expensas del fruto.

Esta tierra, que se emplea como abono para plantas delicadas y de estufa, si se la mezcla con algo de arena y de cal ó de caliza, se hace excelente para muy variados cultivos.

El suelo turboso resulta de la acumulacion en determinados puntos de los restos vegetales que producen la turba, distinguiéndose fácilmente por su coloracion oscura, por la especie de tejido análogo al fieltro que representa dicho combustible y por la especie de temblor ó fluctuacion del terreno. En general esta tierra, si no se la mejora por medio de mezclas con elementos minerales, particularmente con caliza y arena, y no se la sana por un bien entendido sistema de desagüe, es poco apta para el cultivo.

En mi último viaje á Baviera, en 1864, ví en el jardin botánico de la Universidad los experimentos que hacia el eminente Liebig, reducidos á sembrar en un mismo terreno, abonado con potasa, sosa y otras sustancias, diferentes plantas, con el fin de demostrar la accion de dichos agentes y su importancia relativa, y recuerdo que los ensayos se hacían en un suelo de turba como neutro. Sin embargo, los resultados del cultivo del arroz en los alfaques del Ebro y los que se obtienen desde tiempos remotos en los almajares de Almenara, Chilches, etcétera, en Castellon, justifican las buenas condiciones del suelo turboso cuando el hombre aplica su inteligencia y capital á mejorarlo. Verdad es que contra este cultivo se ha declamado mucho desde que Cavanilles levantó su autorizada voz; pero á esto puede replicarse que las emanaciones palúdicas, causa y origen de las dolencias que endémicamente se padecen en dichas comarcas, así como en la ribera del Júcar, no son efecto del cultivo de esta planta, sino más bien de las condiciones geológico-meteorológicas de dichas regiones.

Por último, completa la descripcion de las tierras

de la clasificación admitida la de los suelos salobres que se encuentran en las costas planas y en las desembocaduras de aquellos ríos donde las aguas del mar mezclándose con las dulces y llevando fucus, algas y otras plantas marinas, comunican al mantillo un carácter mixto especial, y principios ó sustancias minerales, particularmente el cloruro sódico, cuya acción sobre determinadas plantas es tan eficaz como decisiva. En Holanda abunda este suelo en los *polders*, en los cuales se da perfectamente la rubia, planta tintórea. Para mejorar estas tierras conviene empezar por plantas alófilas, que quiere decir amantes de la salobrez, tales como la salicornia, la salsola, la salgada y otras llamadas también barrilleras, con el fin de hacer desaparecer el exceso de sosa que contienen. Así preparada, y con el uso de mejoramientos calizos, estas tierras son excelentes para prados, en los cuales prospera grandemente el ganado, particularmente el vacuno.

27 Febrero.

J. VILANOVA.

CÁTEDRA DEL SEÑOR VIDART.

ESTUDIOS SOBRE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA.

III.

Comenzó el Sr. Vidart recordando que en la primera conferencia había procurado indicar el carácter científico de la historia en la época moderna, señalando sus dos caracteres más salientes, á saber: la alianza de la historia con las ciencias naturales, que había dado lugar á la prehistoria, en la cual se pretendía averiguar los orígenes de la especie humana; y la sistemática reflexión sobre los hechos históricos, sobre la cual se había fundado la filosofía de la historia, que intentaba determinar la ley permanente de la vida de la humanidad.

Por esta manera, la historia hoy pretende saber todo el pasado de la humanidad por medio de la prehistoria, y todo el porvenir de la creación por medio de la filosofía de la historia; abarcando en sus dilatados dominios desde el origen de la causa primera, hasta la última consecuencia de su fuerza creadora.

Manifestó la conveniencia de las historias parciales como medio de atajar los desvarios del experimentalismo, no ménos graves que los del idealismo; y dijo que á este fin, según la medida de sus fuerzas, haría que se encaminasen sus explicaciones sobre la historia militar de España.

Recordó que en su segunda conferencia había procurado señalar las graves dificultades que presentaba el estudio y conocimiento científico de la historia de nuestra patria, bajo el punto de vista militar, por la escasez de monografías, que son la necesaria base de los estudios históricos.

Recordó también que en la anterior conferencia había indicado que el *amor á lo imposible*, rasgo el más característico del pueblo español, había hecho de la historia política de España una serie no interrumpida de grandísimas desventuras, pero que en cambio la historia militar de nuestra patria era una epopeya de gloria que apenas halla iguales, y nunca superiores, en la historia de las demás naciones, así antiguas como modernas.

Después de estos preliminares, dijo que se proponía examinar las fuentes bibliográficas en que, en la actualidad, podía estudiarse la historia militar de España.

Afirmó que si bien las crónicas de la Edad Media y todos nuestros historiadores generales desde el Renacimiento hasta nuestros días, se habían ocupado de asuntos de guerra, en sus relaciones había poca precisión y escaso número de datos, cuya comprobada exactitud pudiera servir para el estudio de los hechos militares, según este estudio debía verificarse para que pueda producir alguna enseñanza de aplicación práctica.

Dijo que, á pesar de este defecto de las historias y crónicas generales, era preciso contar estos libros en uno de los grupos de las fuentes bibliográficas, pues, aunque poca, alguna utilidad podía sacarse de su meditado estudio.

Pasando á precisar su pensamiento acerca de las fuentes bibliográficas para el estudio de la historia militar de España, dijo que debían considerarse divididos en dos grandes secciones los libros referentes á dicha materia; á saber, sección de bibliografía nacional, y sección de bibliografía extranjera.

La sección de bibliografía nacional la consideró dividida en siete grupos de libros, en la forma siguiente:

PRIMER GRUPO. Cronistas é historiadores generales.—Las crónicas escritas en latín anteriores al siglo XII. La *Corónica ó Estoria general de España*, de D. Alfonso X. Las compilaciones históricas que con los nombres de *Suma*, *Atalaya de las crónicas*, *Mar de historias*, etc., se publicaron posteriormente á la dicha historia del Rey Sabio. Las crónicas reales en que se relataban los hechos históricos de los monarcas hasta el reinado de los Reyes Católicos. Los anales escritos por Florian de Ocampo, y su sobrino Ambrosio de Morales, por Estéban de Garibay, Abarca, Zurita y otros. Las historias generales de Mariana, Ferreras, Masdeu, Miñana, Ortiz, Chao, Gebhardt, Lafuente y algunas otras.

SEGUNDO GRUPO. Las leyes militares y sus comentadores.—En este grupo, dijo el orador, hay que comprender todos los códigos generales, desde el *Fuero juzgo* hasta la *Constitucion* vigente en aquella parte que se refiere á la legislación militar, siendo muy notable lo que se dice respecto á legislación y aún didáctica militar en el *Espéculo* y en las *Siete Partidas*; y también tienen suma importancia algunas disposiciones legales de los Reyes Católicos, encaminadas á la organización del armamento general del país. Respecto á los comentaristas, recordó los nombres de D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca, autor del famoso libro: *Después de Dios la primera obligación y glosa de las Ordenanzas militares* (1681); el de D. Juan Antonio Portugués, y el del general D. Félix Colón de Larreategui. Viniendo á la época actual, citó los escritos de D. Antonio Vallecillo, autor de los *Comentarios históricos y eruditos á las Ordenanzas militares* (Madrid, 1864); los del brigadier Feliu de la Peña, y los de Bacardi y los coroneles D. Serafin Olave y D. Miguel Sichar. Habló también del modo como se redactaron las *Ordenanzas militares* de 1768, que aún se hallan vigentes, y de las condiciones de escritor, que sin duda alguna tenía su redactor el coronel D. Antonio Oliver. También se ocupó de los proyectos de organización militar que redactó la Comisión de reorganización del ejército nombrada en 19 de Junio de 1873, cuyo espíritu liberal y progresivo, al decir del orador, habrá de prevalecer necesariamente en la futura constitución militar de la nación española.

TERCER GRUPO. Historiadores de sucesos particu-

lares.—Recordó que á este grupo pertenecían las historias escritas por D. Diego Hurtado de Mendoza, D. Francisco Manuel de Melo, D. Antonio de Solís y D. Francisco de Moncada, conde de Osona, que estaban consideradas como inestimables joyas de nuestra literatura nacional. Recordó igualmente los escritos de D. Luis de Avila y Zúñiga, Bernal Diaz del Castillo, D. Bernardino de Mendoza, el coronel Verdugo, el capitán Villalobos y otros muchos en que se refieren las guerras que sostuvo España durante el reinado de la casa de Austria, hasta el advenimiento de la dinastía de Borbon, mediante la guerra de sucesion, historiada por el marqués de San Felipe. En los tiempos modernos, recordó la importancia de la historia del conde de Toreno, autor que, si no alcanza la autoridad de Mr. Thiers, no puede negarse que procura describir con exactitud los varios trances de nuestra gloriosa guerra de la Independencia.

CUARTO GRUPO. *Biógrafos y bibliógrafos.*—Entre los biógrafos citó los nombres de Hernando del Pulgar (*Claros varones de Castilla*), Fernan Perez de Guzman (*Generaciones y semblanzas*), Gutierre Diaz de Gamez (*Crónica del conde D. Pero Niño*) y algunos otros. En la época moderna, citó los nombres de D. José de Vargas Ponce, D. Vicente de los Rios, D. Manuel Varela y Limia (*Biografía de Pedro Navarro*), D. Francisco Martinez de la Rosa (*Vida de Hernan Perez del Pulgar, el de las Hazañas*), don Manuel José Quintana (*Vidas de españoles célebres*) y D. Joaquin Maldonado y Macanaz (*Biografía del Marqués de Santa Cruz de Marcenado*). En la parte bibliográfica, dijo que desde luégo en las biografías generales, como la de D. Nicolás Antonio, se encontraban datos de bibliografía militar española; pero que como obras dedicadas especialmente á esta materia, existía la muy conocida de D. Vicente Garcia de la Huerta y la obra de D. Manuel Juan Diana, *Capitanes ilustres y revista de libros militares* (Madrid 1851), y la de D. Ubaldo Pasarón, titulada: *Milicia y organizacion* (Habana 1861). Añadió que muy en breve se completará el conocimiento de la biografía y bibliografía militar de España, pues estaban próximos á publicarse, un diccionario bibliográfico del entendido y erudito brigadier D. José Almirante, y otro diccionario biográfico del capitán de infantería D. Manuel Seco y Shelly, bien conocido en la república literaria por sus novelas serias y humorísticas, y por algunas otras producciones.

QUINTO GRUPO.—*Historiadores militares.*—En este grupo dijo que debían ser incluidos los que habían escrito sobre la historia militar de España con un sentido didáctico, y los que habían escrito sobre la historia de alguna de las instituciones militares, cuyo conjunto constituye el ejército, ó mejor dicho, el armamento general de la nacion. Citó la *Historia de la milicia española*, de D. Joaquin Marin y Mendoza; la *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas*, del conde de Clonard; el *Resumen histórico del arma de ingenieros en general y de su organizacion en España*, del brigadier D. Manuel Varela y Limia; el *Memorial histórico de la artillería española*, del general don Ramon de Salas; *Las instituciones de seguridad pública en España*, del teniente general Sr. Jimenez de Sandoval; la *Historia de las Milicias provinciales*, del coronel D. Javier de Ozcariz, y las varias historias de la Milicia nacional publicadas despues de la conclusion de la guerra civil de los siete años.

Dijo, que en estas obras se encontraban los materiales para trazar el plan y poner los cimientos de una historia general de las instituciones militares de España; y que para llevar á cabo esta obra, tambien debieran tenerse presente la *Memoria histórica de las academias y escuelas militares en España*, del conde de Clonard, los muchísimos datos que se encuentran esparcidos en las páginas del *Diccionario Militar* del brigadier de ingenieros D. José Almirante, las indicaciones que hace sobre la historia militar de la época del Renacimiento en lo tocante á nuestra patria el comandante Villamartin, en su conocida obra *Nociones del arte militar*, los escritos sobre geografía militar española del general D. José Gomez de Arceche, y algunos escritos de D. Serafin Estevánez Calderon, D. José Ferrer de Coutó, D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Eduardo Verdes Montenegro, D. Federico Fernandez San Roman, D. Ramon Gonzalez Tablas, D. Cándido Varona, D. Martiniano Moreno, D. Juan de Quiroga, D. Miguel A. Espina, el marqués de Miraflores, Don Mariano Perez de Castro, D. Fernando de Gabriel y D. Eugenio de la Iglesia. Recordó tambien que respecto á la guerra de la Independencia, á la de Africa, á las tres últimas guerras civiles, existían multitud de escritos publicados por los generales, jefes y oficiales que en ellas habían tomado parte, y por algunos escritores no militares, y citó los nombres de D. Luis Fernandez de Cordova, D. Antonio Pirala, D. Juan Guillen Buzarán, el marqués de Medina; el brigadier Garcia del Barrio, D. José Lopez Dominguez, D. Juan Cotarelo, D. Ubaldo Romero Quiñones, D. Pedro Antonio de Alarcon, D. José Navarrete, D. Javier de Azpiroz, D. Francisco Lujan, D. Evaristo San Miguel, D. Pedro Ruiz Dana, Don Eduardo Fernandez San Roman, D. Fernando Fernandez de Córdoba, D. Julio Nombela, D. Eduardo Perrotte, D. Francisco Garbayo, D. Juan Antonio Zaratiegui y otros muchos escritores que fuera prolijo enumerar.

SEXTO GRUPO. *Tratadistas de ciencia y arte militar.*—Manifestó el orador que era grandísima la riqueza de la literatura española en todos los diversos ramos que constituyen la enciclopedia de las ciencias militares. Dijo que la obra más notable de nuestra literatura militar en los tiempos pasados, eran las *Reflexiones militares* del célebre D. Alvaro de Navia Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, y que entre los tratadistas didácticos de la época presente, el autor de las *Nociones del arte militar*, D. Francisco Villamartin, el fundador de la *Revista militar*, D. Evaristo San Miguel, y el brigadier de ingenieros D. José Almirante, autor del *Diccionario militar* y de la *Guia del oficial en campaña*, tenían derecho á ocupar un puesto entre los primeros tratadistas de milicia del siglo XIX. Recordó los nombres de los que han escrito en nuestra patria acerca de moral militar, tales como Juan Ginés de Sepúlveda, *Concordia de la disciplina militar con la cristiana*; D. Clemente de Peñalosa y Zúñiga, *Sobre el honor militar, causas de su origen progreso y decadencia*; Juan Lopez de Palacios Rubios, *Tratado del esfuerzo bélico heroico*; Jerónimo de Urrea, *Diálogo de la verdadera honra militar*, y el P. Fr. Diego José de Cádiz, *El soldado católico en guerra de religion*. Dijo que como tratados generales de arte militar, debía recordarse por su antigüedad la parte que en las *etimologías* de San Isidoro de Sevilla se consagra á este ramo de los conocimientos humanos, y tambien debía ci-

tarse *El libro de los estados*, muy semejante á otro de Raimundo Lulio, del infante D. Juan Manuel, donde se hallan algunas reglas acerca del modo más conveniente de hacer la guerra. Viniendo á la edad moderna, dijo que debía mencionar los nombres de Diego de Salazar, que en su *Tratado de re militari*, trajo á España las teorías expuestas en Italia por el célebre Nicolás Maquiavelo, y de D. Bernardino de Mendoza, que en su *Teórica y práctica militar* resumió cuanto en su época se sabía acerca del arte, y aún de la ciencia de la guerra. Dijo que tampoco debían olvidarse los escritos de Luis Gutierrez de la Vega, *Nuevo tratado y compendio de re militari*; Bernardino Escalante, *Diálogos del arte militar*; Martín de Eguiluz, *Milicia, discurso y regla militar*, Bernardino Barroso, *Teórica, práctica y ejemplos del arte militar*; D. Diego de Alava, *El perfecto Capitán*; D. Tomás de Puga y Rojas, *Compendio militar*; el maestro de campo D. Francisco Dávila, *Excelencias del arte militar*, etc., etc. Indicó que gran número de escritores se habían ocupado en sus libros de las cuestiones de organización militar, y observó que este género de escritos se relacionaba, y aún en ocasiones se confundía, con el de los comentaristas y expositores de la legislación militar de España; citando los escritos del coronel Rengifo y del capitán Hernán Pérez, el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar al mejor y antiguo estado*, del maestro de campo D. Sancho de Londoño; el *Cuerpo enfermo de la milicia española*, de Marcos de Isaba y Miguel Guerrero de Caseda; el *Destierro de ignorancias de todo género de soldados de infantería*, del capitán Antonio Gallo; el *Espejo y disciplina militar en que se trata del oficio de sargento mayor*, de Francisco Valdés, y otras varias obras de esta misma índole. Dijo que en la época contemporánea, las cuestiones de organización militar habían adquirido grandísima importancia, relacionándose íntimamente con las cuestiones políticas al tratarse de la ley de reemplazos para el ejército. Afirmó que la teoría del ejército voluntario estaba condenada sin apelación ante el tribunal de la historia y de la ciencia militar; citando en apoyo de esta afirmación hechos muy recientes acaecidos en España, y las autorizadas palabras y opiniones públicamente manifestadas de los oficiales generales López Domínguez, Milans del Bosch, Jiménez Palacios, Martínez Plowes, Servert, Sánchez Osorio y Almirante, y de los jefes y oficiales Ruiz de Quevedo, Olave, Guzman, Los Arcos, Cazorla y otros varios. Citó como libro notable la *Constitución política de la nación española por lo tocante á la parte militar* (Cádiz 1813), del célebre economista D. Alvaro Florez Estrada, donde se propone una organización militar muy semejante á la que hoy defiende en sus escritos el general Cluseret, y el profesor alemán C. D. A. Roeder.

Entre los tratadistas de táctica en la época actual citó los escritos del marqués del Duero y de los tenientes generales D. Ramon Nouvilas, D. Felipe Rivero y D. José Ramon Mackenna, y los de don Arturo Cotarelo y D. Manuel de Grau.

Manifestó que en el grupo de libros didácticos que estaba examinando, tenían gran importancia los que trataban de lexicografía, en los cuales se hallaba el valor del lenguaje militar de España y su correspondencia con el de algunos pueblos extranjeros; citando por orden cronológico los diccionarios militares de D. Raimundo Sanz (1794); D. José Fernández Mancheño (1822); D. Luis Corsini (1849);

D. Deogracias Hevia (1857); D. Jorge de Wartelet (1865); y por último, la obra del brigadier Almirante que, bajo el modesto título de Diccionario, es una verdadera enciclopedia de los conocimientos militares. Citó también el *Diccionario militar español-francés*, del conde D. Federico Moretti; el *Diccionario de voces militares omitidas en el de la Academia Española*, del brigadier Mathé; el glosario que acompaña al *Catálogo de la Real Armería*, de D. Antonio Martínez del Romero; el *Vocabulario francés-español de términos de artillería*, de D. Pedro de la Llave; el *Vocabulario militar francés é inglés-español*, de D. Joaquín María Enrile; y el *Vocabulario del material de artillería é ingenieros*, de D. Emilio de Tamarit.

Dijo que en obras ajenas á la milicia, en todos los tratados de filosofía del derecho, y aún más en los de derecho internacional, se debatía la cuestión de la guerra, considerada en su fundamento esencial; y bajo este punto de vista tenían gran importancia nuestros tratadistas de la época del Renacimiento, que habían sido considerados por el historiador Weathon como los precursores del célebre Hugo Grocio. Citó bajo este concepto los nombres y obras de Suarez, Soto, Ayala, Vazquez y algunos otros; y las modernas obras de D. Nicasio Landa, *El derecho de la guerra conforme á la moral*, de D. Ramon María Araiztegui, *Filosofía y progreso de la guerra*, y *Las leyes de la guerra*, del brigadier Corsini.

SÉTIMO GRUPO. *Tratadistas de artillería y de fortificación*.—Comenzó diciendo que, según ya habían propuesto el brigadier D. Francisco Feliú de la Peña y el docto comentarista de las *Ordenanzas*, D. Antonio Vallecillo, debiera conservarse y popularizarse el uso de la palabra *ingeniería*, que, según el *Diccionario de la Academia Española*, significa: «El arte que enseña á hacer y usar de las máquinas y trazas de guerra.» Si se conservase el uso de dicha palabra, los tratados de artillería y de fortificación podrían ser comprendidos bajo la denominación de tratados de ingeniería, puesto que en todos ellos se trata del *arte que enseña á hacer y usar de las máquinas y trazas de guerra*. Después de esta consideración preliminar, dijo que la historia de los progresos de la artillería podía seguirse estudiando las obras de los escritores del siglo XVI y del XVII, D. Diego de Alava, Luis Collado, Cristóbal Lechuga, Lázaro de la Isla, Diego Ufano, Julio César Firrufino y D. Sebastian Fernández Medrano; y después en el siglo XVIII el *Tratado de artillería* (1784), de D. Tomás de Morla, y en la época presente los *Elementos de artillería* (1852), de D. Manuel Fernández de los Senderos, y las *Nociones de artillería* (1870), del brigadier D. Candido Barrios. También citó los prontuarios de artillería de D. Ramon de Salas y de D. Joaquín María Enrile, y los escritos de los oficiales de artillería D. Eduardo Gonzalez Velasco y D. Javier de Santiago.

Afirmó que de un modo semejante se podía seguir la historia de la fortificación en España en los siglos XVI y XVII por medio de las obras de Cristóbal de Rojas, D. Juan Santans y Tapia, Enrique de Villegas, el marqués de Buscayolo, Alonso de Cepeda, D. Andrés Dávila y el marqués de Leganés. Manifestó que en el siglo XVIII debía recordarse como una gloria nacional, que D. Felipe Prósperi, en su libro *La gran defensa* (1744), se adelantó al marqués de Montalembert en idear un frente rectilíneo con baterías flanqueantes en la capital del

frente; y que á este mismo siglo pertenecían el notable libro del general D. Pedro de Lucuze, titulado: *Pincipios de fortificacion* (1772). Llegando á la época contemporánea, citó los nombres y escritos de D. Andrés Vallecjo, D. Angel Rodriguez de Quijano y Arroquia, D. Emilio Bernaldez, D. Nicolás Valdés, D. Tomás O'Ryan, D. Frutos Saavedra, D. Inocencio Junquera y D. Celestino del Piélagos, llamando la atención sobre los proyectos de fortificación del distinguido ingeniero D. José Herrera García.

Dijo que este grupo de los escritores que *tratan del uso de las armas*, según la definición del *Diccionario de la Academia Española* anteriormente citada, es donde caben recordar las glorias de nuestros antiguos tratadistas de esgrima Luis Pacheco de Narvaez, Francisco de Rada y algunos otros, que mostraron en sus obras la superioridad que alcanza la espada española sobre las demás armas blancas, en los combates individuales.

Al llegar aquí, dijo el orador que habiéndose prolongado en demasía su conferencia, dejaba para la siguiente la enunciación de las fuentes bibliográficas extranjeras, que podían auxiliar al conocimiento de la historia militar de España.

Institucion libre de enseñanza.

NATURALEZA DE LA MÚSICA.

El Sr. Rodriguez (D. Gabriel) inauguró el 26 del pasado sus conferencias sobre este interesantísimo tema, en union con el profesor Sr. Inzenga, cuya tarea es la de comprobar prácticamente al piano las aseveraciones y teorías del Sr. Rodriguez.

Comenzó éste anunciando que la música no es para él un mero recreo del oído, sino también y principalmente un medio poderoso de perfeccionamiento moral. Dada la importancia que la música tiene y la afición que hacía ella siente, surgió en su pensamiento, no el dar un curso del arte músico, porque para ello ni se siente con fuerzas, según dice, ni fuera posible hacerlo en un corto número de lecciones, sino el hacer una especie de introducción, unos prolegómenos de este arte que por su falta de tecnicismo sean comprensivos para todos.

Comenzando ahora por fijar el concepto del arte, juzga que este no es otra cosa que la realización viva de las ideas que agitan nuestro espíritu, mediante ciertas reglas. El arte, por tanto, abraza todas las esferas de la vida. Dentro de este concepto general del arte caben varias clasificaciones. Considerado bajo el punto de vista de su finalidad, existen diversos artes, mas el que aquí ha de ocuparnos es el estético, el cual tiene la misma naturaleza que los demás, pero proponiendo el fin exclusivo de producir la pura emoción de la belleza. En las artes, pues, puede haber fin estético cuando el artista se propone únicamente producir la belleza, pero los medios artísticos pueden emplearse también para producir otra clase de fines: por ejemplo, el sonido, que es el medio artístico de que la música se vale, sirve en la milicia para comunicar órdenes por medio de la corneta.

Concretándonos ahora al arte estético, bien podemos afirmar que todos tenemos un concepto confuso de la belleza, puesto que calificamos de bellos ciertos objetos. Al afirmar que un objeto es bello, afirmamos la belleza como una cosa exterior; pero

bien se advierte que si no hubiera en nosotros algo que correspondiera á esta cosa exterior no podríamos comprender la belleza.

La belleza ó la emoción estética que está depierta, no se produce en nuestro espíritu por un acto reflexivo, sino mediante una intuición. Lo genuinamente bello, por esto, ha de llevar en sí algo de misterioso: si todo se ofrece claro á nuestros ojos de un solo golpe de vista, no hay emoción estética. Esta emoción necesita para producirse, primero, una coordinación de elementos, y después la expresión ó manifestación de algo que está vivo. Es, pues, la belleza la coordinación de elementos análogos, pero opuestos entre sí, expresando una vida. La Naturaleza produce efectos estéticos por los mismos medios que las artes, pero de esto no debe deducirse que el artista imita á la Naturaleza. Cuando trata de imitarla, generalmente no produce mas que obras de segundo orden, cuya belleza no puede sentirse mas que refiriéndola á un recuerdo ó reminiscencia. El artista saca sus elementos, como no puede menos de sacarlos, de la Naturaleza; pero al formar su obra, más que á la Naturaleza, imita á Aquel que la ha creado.

El arte músico tiene por materia el sonido, que es un elemento de la Naturaleza. El sonido es modo general que la Naturaleza tiene de manifestarse, porque todo se mueve y suena en este mundo. El conjunto de todos los sonidos naturales no hay duda que deben guardar armonía entre sí, pero esta gran armonía no la podemos percibir. Los sonidos de la Naturaleza no son una música. Esos trinos de los pájaros y esos ruidos del viento no forman melodías ni armonías por más que se diga, y es por lo que el músico es el artista que menos imita á la Naturaleza. Por esto también el arte músico ha sido el último en perfeccionarse.

La música nada dice en concreto al espíritu, pero nos coloca en un estado de ánimo en que podemos apreciar todos los sentimientos, aunque con cierta vaguedad. Esto no hace á la música inferior á las otras artes; por el contrario, opina el orador que la hace superior, porque la vaguedad con que expresa y hiere los afectos, envuelve en sí un cierto misterio que, como ya dijimos, constituye el requisito esencial para la producción de la emoción estética.

Después, el Sr. Rodriguez explicó, como ejemplo de sus teorías, la impresión que le produce una fantasía de Mozart, y el Sr. Inzenga la tocó en el acto con la maestría que sabe hacerlo.

—En la segunda conferencia sobre la naturaleza de la música (lunes 5), el Sr. Rodriguez empezó por combatir las ideas emitidas hace pocos días en un círculo literario muy autorizado, sobre el concepto del arte, extendiéndose después en consideraciones generales acerca de los elementos materiales de la música, ocupándose principalmente del sonido, como fenómeno físico del timbre y del movimiento.

Habló de la armonía imitativa, así como de las imitaciones serviles y rastreras de que echan mano tan solo los músicos de tercer orden, imitaciones que están completamente fuera de las condiciones del arte.

Como modelo que ofrece una copia de la naturaleza, vertió al piano el Sr. Inzenga la tempestad del *Hidomeneo*, de Mozart, cuyos elementos expuso muy oportunamente el Sr. Rodriguez.

Luégo, como representación de seres vivos, tocó el mismo profesor algunos trozos de *La creación*, de Haydn, y como manifestación de actos humanos

puso de manifiesto las escenas de desafío que se hallan descritas en el *D. Giovanni*, de Mozart, en el *Lohengrin*, de Wagner, y en el *Romeo y Julieta*, de Gounod.

Terminó tan agradable conferencia tocando el Sr. Inzenga un *largo* de uno de los conciertos de Beethoven, cuyo sentimiento general especificó el Sr. Rodriguez entre los aplausos de la concurrencia.

* * *

CONFERENCIAS DEL SR. RUBIO (D. FEDERICO.)

Accion fisiológica de la palabra humana en las colectividades, es el tema que se propone desarrollar el Sr. Rubio, empezando por su análisis y presentándose él mismo como ejemplo de las consideraciones que le sugiere tan importante asunto. Antes de entrar de lleno en el tema, expone el señor Rubio lo que debe entenderse por accion fisiológica, y hace notar que hay que considerar en este asunto dos sujetos: el que habla, sujeto individual, y los que escuchan, sujeto colectivo. Con lenguaje pausado, correcto y escogido, y con lentitud tal, que permite la observacion completa por parte de los oyentes de todos los pormenores que va señalando, el discurso del Sr. Rubio es bastante completo en el orden de ideas, aun limitando su principal intento, como lo limitó en toda la conferencia, á distinguir y separar la accion fisiológica de la palabra cuando esta se dirige á una colectividad y cuando sólo se dirige á otra persona.

El orador más acostumbrado á hablar en público se siente emocionado al hablar á un gran auditorio, teme, padece, y tiene que pedir indulgencia; hablando con otra persona, nunca se siente esta especie de perturbacion; y hé aquí la base de la gran diferencia que existe entre la accion fisiológica en uno y en otro caso. La palabra dirigida á uno solo, muy rara vez es docente, pero dirigida á una colectividad, toma casi siempre este carácter. El orador necesita un ritmo, una entonacion, un esfuerzo que impone mayor respiracion y determina mayor circulacion pulmonar, mayor circulacion general, más calorificacion y más excitacion cerebral. Hablando á una colectividad, hay que escucharse á sí mismo, lo cual es de malísimo efecto en la conversacion particular. Esta auto-audicion se opone al fenómeno del automatismo, que es tan frecuente en la conversacion de dos personas; pues lo mismo en el hablar que en el andar y en otras funciones fisiológicas, entra la voluntad como determinante principal, pero el desarrollo de la funcion es puramente automático.

El Sr. Rubio entra despues en la observacion del sujeto colectivo, detallando sus impresiones principales y estudiando los sentimientos afines de los individuos que se unifican, al escuchar, para producir el sentimiento general de la colectividad; y como razona sus consideraciones tomando ejemplos de sí propio y de su palabra, y de las impresiones de su auditorio, esta parte de la conferencia tiene un grandísimo interes puramente práctico que no es posible trasladar á estos ligeros apuntes.

—En la segunda conferencia (lunes 5 de este mes), el Sr. Rubio resume la anterior, afirmando la gran diferencia que existe entre la accion fisiológica de la palabra cuando se dirige á un individuo, y la accion fisiológica de la palabra cuando se dirige á

una colectividad. Despues explica la influencia de los órganos de la respiracion en los de la fonacion; la importancia de la caja vocal para modular los sonidos, y la relacion complementaria entre los órganos auditivos (cuya contextura anatómica define con gran claridad) y los destinados á la vocalizacion.

MISCELÁNEA.

Influencia de las temperaturas elevadas sobre el organismo.

El Dr. Liten, para darse cuenta de la influencia que las altas temperaturas ejercen en los cambios nutritivos y en la estructura íntima de los tejidos, ha encerrado algunos animales en cajas cuya temperatura se mantenía constantemente entre 36° y 37°. Como resultado constante de estas exposiciones á una temperatura elevada, ha comprobado la degenerescencia grasosa de todos los órganos parenquimatosos. Los órganos sucesivamente invadidos por la degenerescencia grasienta son el hígado, el corazon, los riñones, los músculos respiradores y en último lugar los músculos estriados del aparato locomotor. Esta degenerescencia no debe ser considerada de ninguna manera como una alteracion *sui generis* y como el punto de partida de una inflamacion parenquimatosa, sino más bien como el resultado directo de una perturbacion ocurrida en los cambios nutritivos. Siendo bien conocidas las modificaciones que experimenta la excrecion del ázoe, bajo la influencia de la elevacion artificial de la temperatura corporal, el autor se ha dedicado á estudiar sobre todo las modificaciones de la excrecion del carbono. En contra de lo que se creía hasta aquí ha llegado al resultado de que cuando se provoca una elevacion de la temperatura interna del cuerpo, *la excrecion del ácido carbónico sufre una disminucion constante*. Si, en las mismas circunstancias, los experimentadores habian observado hasta aquí un aumento de la exhalacion del ácido carbónico, eso consiste en que sus determinaciones volumétricas de los gases espirados las hacían inmediatamente despues de la calefaccion del medio ambiente, mientras que Litten ha esperado siempre el momento en que la elevacion de la temperatura interna de los animales llegaba á su máximo. Esta disminucion de la cantidad de ácido carbónico exhalada no puede atribuirse más que á la disminucion de la cantidad de oxígeno almacenada, por consecuencia de la destruccion exagerada de los glóbulos rojos, resultado constante de la elevacion de la temperatura interna.—(*Deutsche Zeitschrift für praktische medicin.*)